

Plus Ultra



C U A R E S M A

GOUACHE DE ALONSO.



EXPOSICIÓN DE ESCULTURAS EN NUEVA YORK, A BENEFICIO DE LOS ALIADOS



ARTE, POR ELIE NADELMAN.



UN CONFEDERADO, GRUPO ESCULTÓRICO DE C. C. RUMSEY.



MEDITACIÓN, POR MARÍA KORBELL.



AMANECER Y TRABAJO, POR HELEN FARNSWORTH MEARS.

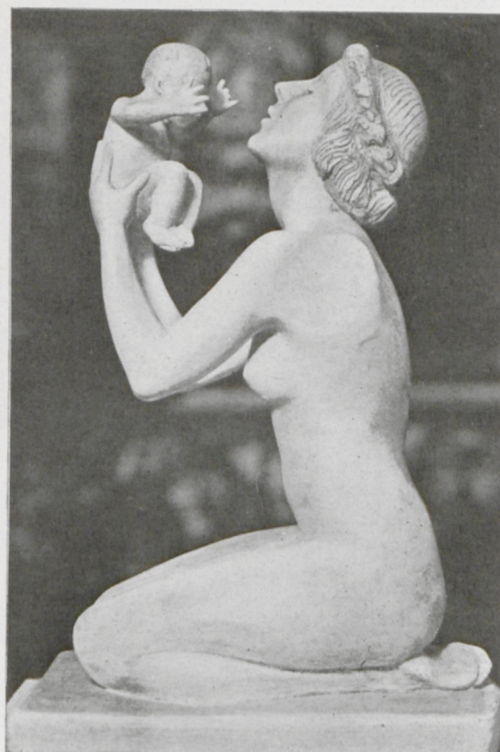


BUSTO DE NIÑO, POR BENIAMINO BUFANO.

La iniciativa particular del pueblo norteamericano, que en toda ocasión es poderosa, está dando pingües resultados aplicada a la busca de medios con que subvenir a la beneficencia en la guerra.

Recientemente se inauguró en el jardín cubierto del Ritz-Carlton Hotel, acreditado establecimiento neoyorquino, la exposición denominada *Los Aliados de la Escultura*. Del producto de la venta, los escultores donan un elevado porcentaje, dedicándose la cantidad recaudada de ese modo, a lo que se llama «las cuatro caridades de la guerra»: *Cuerpo de Voluntarios de Londres*, *Prisioneros belgas en Alemania*, *Sociedad de Conservación de las Artes de Guerra* y *El Bienestar del Herido*.

FOTOGRAFÍAS DE RAÚL THOMPSON.



ALEGRÍA, POR BUFANO.

¿SUFRE Vd. DEL ESTÓMAGO?

¿No tiene apetito? ¿Digiere con dificultad? ¿Tiene gastritis, gastralgia, disentería, úlcera del estómago, neurastenia gástrica, anemia con dispepsia, una enfermedad de los intestinos? Después de las comidas, ¿tiene eructos agrios, pirosis, vahídos, pesadez de cabeza, sofocación, opresión, palpitaciones al corazón? ¿Tiene Vd. DISPEPSIA y dolores al vientre, a la espalda, vómitos, diarrea? ¿Se altera con facilidad, está febril, se irrita por la menor causa, está triste, abatido, tiene por las noches sueño agitado? ¿Ningún remedio, ningún régimen ha podido curarle? Tome el famoso STOMALIX del Dr. Saiz de Carlos y recobrará la salud. Treinta años de fama universal. Venta Farmacias y Droguerías, en frascos grandes y chicos. Pidan folletos a Carlos S. Prats, San Martín número 66, Buenos Aires.



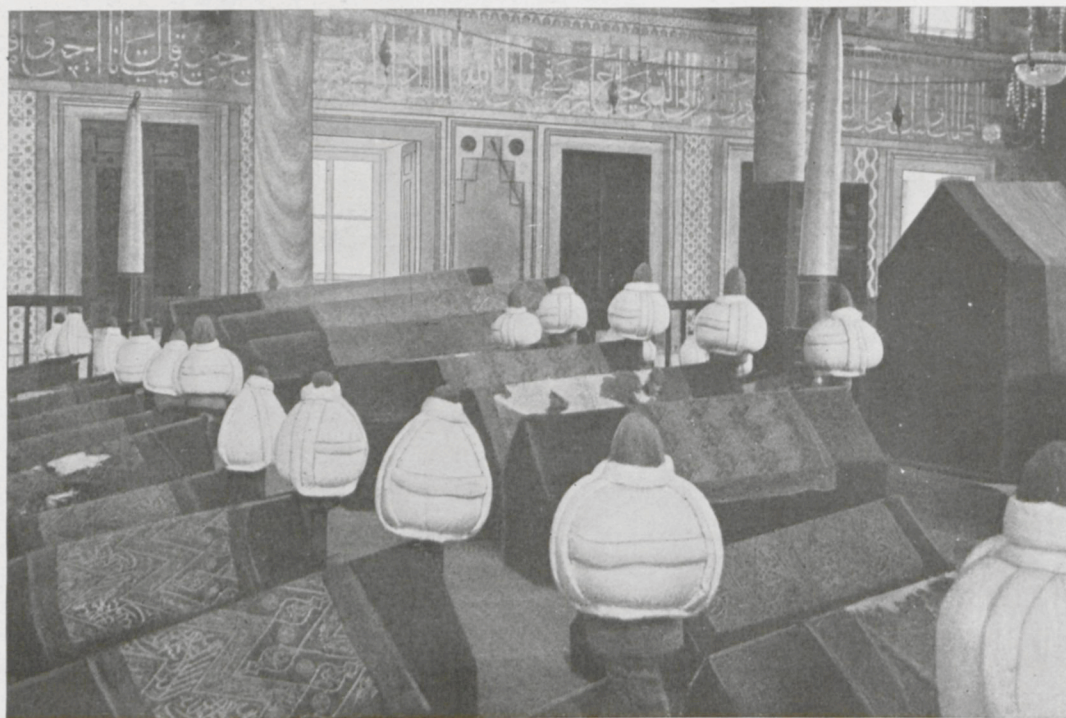
EL TURBÉ DEL SULTAN SELIM, "EL ATROZ"

Selim I, sultán otomano, hijo de Bayaceto II, fué uno de los precursores más prácticos y fervientes del malthusianismo. Eliminó a su simpático padre, varios hermanos y 40.000 siitas. Se figuraba que la tierra iba ser demasiado angosta para el hombre, si no se podaba diligentemente la raza. La posteridad, que no ha puesto ningún sobrenombre al celeberrimo Malthus, creyéndole solamente un degollador platónico, llamó a Selim «El Atroz». La posteridad es injusta, perfectamente injusta, pues no sabe apreciar la oculta filantropía de algunos grandes hombres. Selim, no pudiendo valerse de la propaganda por el libro, apeló al veneno y al yatagán; como es lógico suponer, por los resultados, el procedimiento era verdaderamente maravilloso, según su eficacia.

Cansado de la numerosa sucesión que sus mujeres le daban, resolvió no tener más hijos para evitar los gastos que la crianza de tanto muchacho con rango de príncipe le ocasionarían, y ordenó que todo niño que naciera de sus esposas en adelante fuere inmediatamente ahogado.

En el turbé o panteón de familia del sultán, además de él y dos de sus mujeres, yacen los cuerpos de 33 de los niños sacrificados.

FOTOGRAFÍA DEL DOCTOR LLANOS.



Obesidad

Curación radical

Único tratamiento científico. Aseguramos una disminución de 10 a 15 kilos por mes. Sin medicinas ni molestias para el enfermo. Aplicación de prueba, gratis.

Instituto de Fisioterapia

Av. de Mayo 1157 - Buenos Aires

B
V

□□ Corte, y envíenos este cupón. □□□□□□

Remita informes gratis sobre su tratamiento para la obesidad a:

.....
.....
.....

PU



PUBLICACIÓN MENSUAL
ILUSTRADA

PLVS VLTRA

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155-Buenos Aires

SUPLEMENTO DE
«CARAS Y CARETAS»

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN

EN TODA LA REFÚBLICA

Trimestre (3 ejemplares).....	\$ 3.— m/n.
Semestre (6).....	6.— »
Año (12).....	11.— »
Número suelto.....	1.— »

EXTERIOR

Año.....	\$ oro 5.—
Número suelto.....	» 0.50

Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración.





Polvo Grasoso
Brissac.

PARIS

El predilecto de las señoras elegantes.

Este polvo de arroz, de perfume fresco y agradable, no sólo es inofensivo para el cuidado del rostro, sino que por su invisibilidad y adherencia, le da una suavidad a la tez que no puede alcanzarse con ningún otro producto.

El Polvo Grasoso Brissac, se vende en tres tonos: Blanco, Rosado y «Rachel».

El Polvo Grasoso Brissac, puede obtenerse con los siguientes perfumes: Jazmín, Violeta, Rosa, Heliotropo, Lila y Clavel.

La caja legítima del Polvo Grasoso Brissac, ha de llevar la faja de garantía que contiene impreso el nombre y la marca registrada, reproducida igualmente en la tapa y debajo de la caja.

\$ 1.40 la caja.

PIDASE EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERÍAS Y FARMACIAS

Unicos
concesionarios: L. AUBERT y Cía., CHILE, 1958/72 - Buenos Aires
U. T., 7260, Libertad



Harrods

Inaugurará el próximo lunes 4 de marzo, su clásica

SEMANA BLANCA

Todo cuanto constituye una nota de distinción, de elegancia y de buen gusto en la toilette femenina, se exhibirá en condiciones únicas de CALIDAD Y PRECIO.

LENCERIA: Ajuares para Novias, Corsés, etc., en las últimas creaciones de moda.

DEPARTAMENTO DE BLANCO:

Espléndidos Ajuares de cama, juegos de mesa, mantelería de te, telas blancas, almohadones y artículos de fantasía.

Esta EXPOSICION BLANCA, durará tan sólo una semana, rigiendo en ella precios excepcionalmente rebajados.

B
L
A
N
C
O

Y

L
E
N
C
E
R
I
A



Harrods

FLORIDA 877
PARAGUAY 554



LUGARES PINTORESCOS.

SUBURBIOS DE LA ASUNCIÓN.

EL TALAR DE PACHECO



FUENTE DE LAS SIRENAS Y VISTA GENERAL DEL CASTILLO.



UNA ESCULTURA DEL PARQUE, HECHA POR DON JOSÉ PACHECO Y ANCHORENA.



ENTRADA A LA ANTIGUA CASA DEL GENERAL PACHECO.

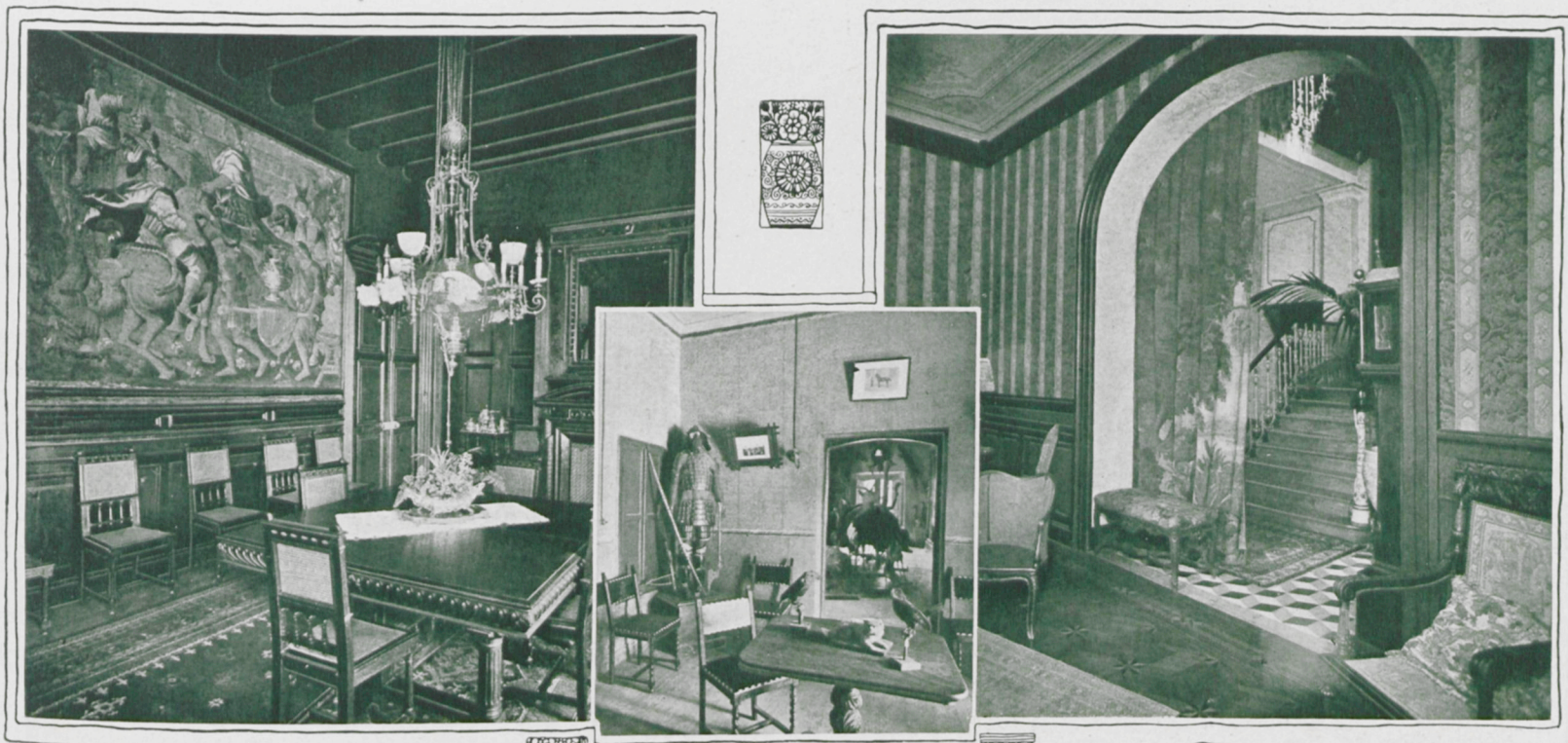


ON Angel Pacheco y de la Concha, Prócer de la Independencia y General de la Federación Argentina, formó el Talar de su nombre el año de 1825, en las tierras que había poseído en jurisdicción de San Fernando la familia López-Camelo, y que abarcaban una extensión de siete leguas aproximadamente.

Atravesando el bosque de talas y algarrobos, cruzado por amplias avenidas, descúbrese la vieja morada donde vivía el ilustre militar argentino. Su construcción presenta el carácter tradicional de la época; puertas de cuarterones, rejas voladas con sus cuatro eses en el centro, muros de cal donde se aprisionan las madreselvas, y al frente, ancha galería de columnas cuyos chapiteles soportan el alero de la fachada. Esta vivienda ha conservado



EXTERIOR DEL EDIFICIO DESTINADO A COCHERAS Y CABALLERIZA.



ÁNGULO DEL COMEDOR, DONDE SE ADMIRA UN GOBELINO AUTÉNTICO DEL SIGLO XV.

INTERIOR DE LA ESTANCIA ANTIGUA, Y PIEZA DESTINADA A MUSEO.

VESTÍBULO Y ARCO DE ENTRADA A LA ESCALERA, REVESTIDA CON HERMOSOS TAPICES.

tanto su carácter, que, al evocar la figura del antiguo dueño, parece que en su recinto fuésemos a encontrar aún los mazorqueros del poncho rojo, que hicieron trágica la dictadura de don Juan Manuel Ortiz de Rozas.

Las habitaciones principales de la casa, se hallan actualmente destinadas a museo; en ellas conservase el lecho donde falleció el General y algunos otros objetos de su pertenencia. Varios estantes, distribuidos en orden simétrico, guardan pájaros y animales curiosos, entre ellos un tigre que arrastraron las corrientes del río Paraná sobre un camalote, siendo muerto por don José Pacheco y Reynoso, al verlo internarse en el bosque de la estancia. Otra curiosidad es la armadura japonesa que figura en uno de los rincones, y el traje de lidiador, perteneciente a la época del virreinato.

Al fondo de la casa existen las cocheras y caballerizas, con diez y ocho coches y cabida para treinta caballos.

En la capilla, de línea ojival, hay algunos detalles interesantes; por ejemplo: un alto relieve ejecutado por el escultor Ferrari, de Roma, cuatro pinturas murales hechas por Faustini en 1890 y lienzos de escuela



UN FRENTE DE LA CAPILLA.

española de buena ejecución y factura. La cripta, situada debajo del altar mayor, guarda los restos de don José Pacheco Reynoso y de su esposa doña Agustina de Anchorena, García de Zúñiga, padres del actual propietario.

En una pequeña elevación frente al canal, levántase el moderno castillo. Ancha escalinata de piedra da acceso al hall, decorado sencillamente; cierra el arco que comunica con la escalera un hermoso tapiz flamenco de tono azul pálido, donde se destacan dos aves de plumaje rojo, época de Luis XIV.

Contiguo al jardín de invierno y al billar, revestido con estucos y alicatados de azul y oro, hállase el salón de recibo. Su mobiliario está compuesto de una sillería de caoba y damasco, varias mesas de pared y otras de centro, con porcelanas y bibelots de Saxe, tìbores japoneses y joyeros Capo di Monte. Sobre el muro un dibujo a la sanguina firmado por Boucher en 1787, y haciendo «pendant» con el piano, un contador florentino de marfiles y carey con cuatro columnitas de serpentina y ónix.

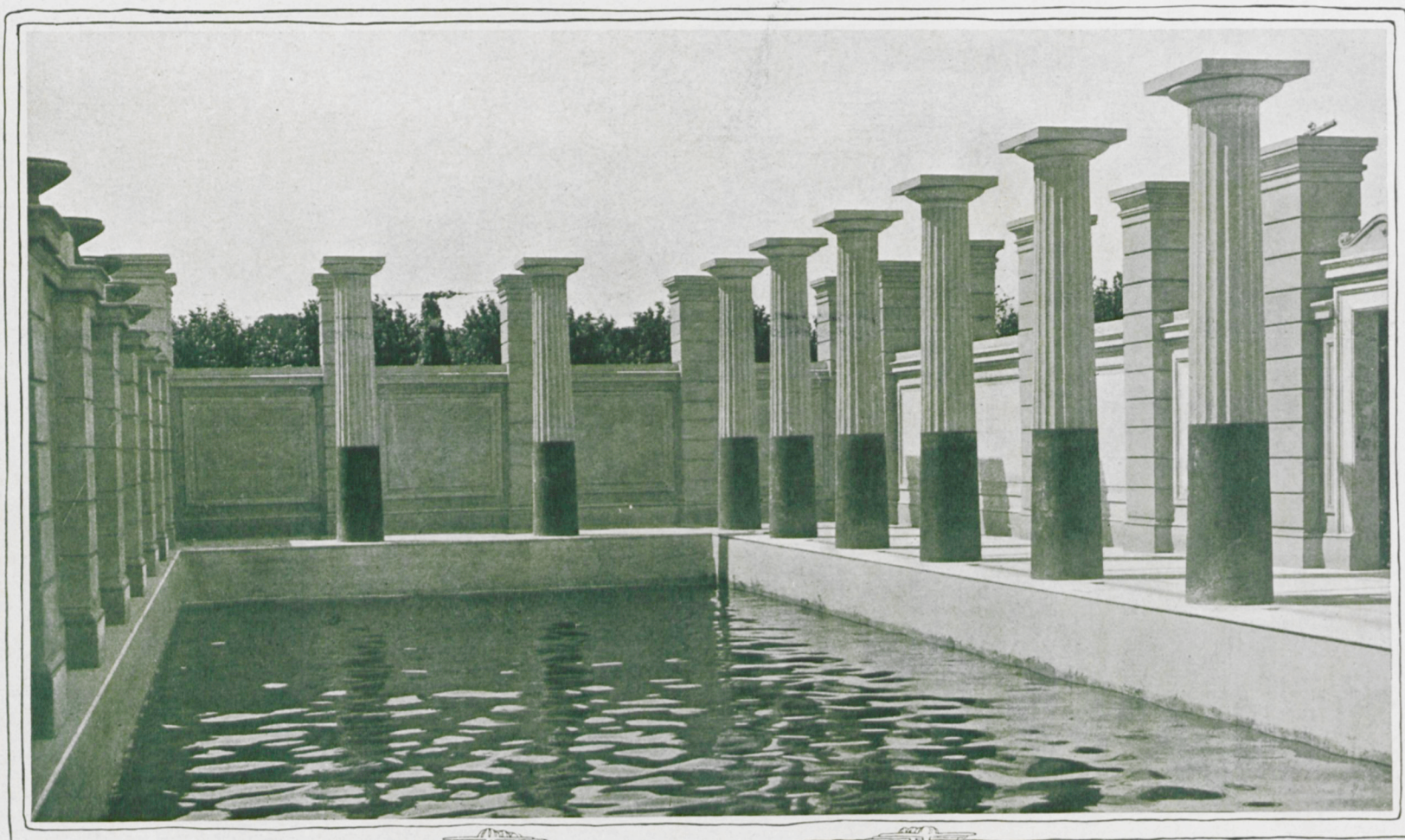
El pequeño gabinete situado junto a la terraza, luce una sillería france-



VISTA DEL SALÓN PRINCIPAL.

EL JARDÍN DE INVIERNO



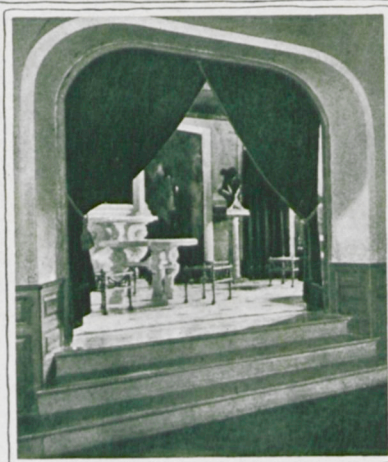


PILETA DE NATACIÓN.

sa, rococó, imitada, y varios retratos de familia, dos de ellos pintados en París por Federico de Madrazo, artista que siguió en el destierro a la reina doña Isabel II.

En el despacho hay una Cédula Real firmada por Fernando VII, donde se nombra Caballero de Calatrava a don Domingo de Reynoso y Roldán, suegro del General Pacheco. El uniforme de éste, aparece en una vitrina, junto con la bandera tomada durante el sitio de Montevideo, y las condecoraciones de las batallas de Maipú, Ituzaingó, Mérito de Chile, expedición contra los Indios y vencedor de los Andes.

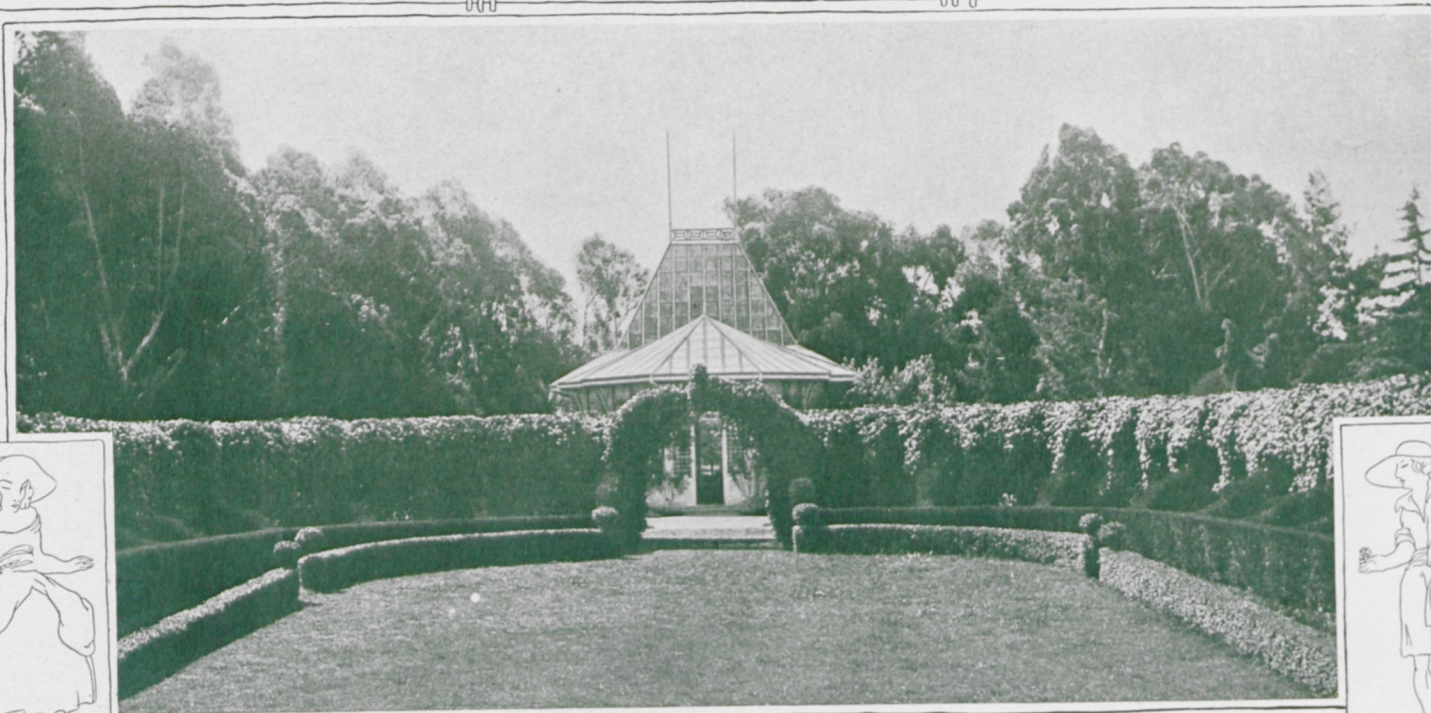
En otros lugares hay objetos artísticos de valor, mereciendo citarse un chapitel mudéjar y una magnífica escultura gótica de San Jorge, raro ejemplar del siglo xv. A más de esta escultura, lo mejor que se conserva en la casa, es el tapiz del comedor; representa la entrada del emperador Alejandro en Constantinopla, y es uno de los primitivos firmados por la manufactura Real de Gobelin, con las iniciales: MRDG, y la flor de lis de Francia.



ENTRADA AL SALÓN POMPEYANO.

El jardín, sombreado por eucaliptus y palmeras, puede considerarse en el Talar, como atractivo de primer orden. Adornan los graciosos parterres pequeñas estatuas de bronce y mármol, que destacan sus líneas sobre el tono verde de la fronda. Ante la fachada principal del moderno castillo — muy francés — el grupo de las sirenas eleva alrededor de la fuente sus mil surtidores cristalinos. Sendas enarenadas conducen a los distintos pabellones y recreos; el teatro de la naturaleza, verde de yedra y arrayán, los palomares, la pileta de natación, cercada de columnas que imitan el estilo de las antiguas termas, el retiro donde se tienen las jaurías de caza, los lagos artificiales con sus paisajes de orientación japonista, y el sombreado camino de la iglesia, por cuyos recodos vería perderse en otra edad la carroza negra y palaciega del General Pacheco.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE.



EL TEATRO DE LA NATURALEZA.

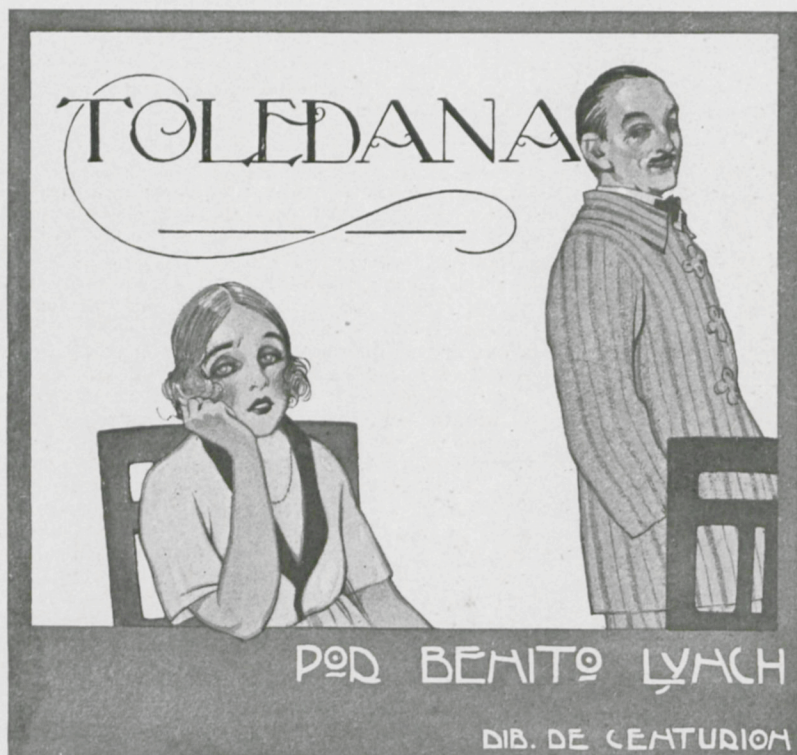




DE LA COLECCIÓN DEL DOCTOR FRANCISCO LLOVET.

LA CARAVANA

BOCETO AL ÓLEO DE FRANK BRANGWYN.



La entrada del muchacho, que vuelve de la cocina con la vajilla recién lavada, les obliga a un nuevo compás de silencio y de tregua. Están discutiendo y cambiándose las más sutiles y venenosas amarguras desde que comenzó la comida; pero, han adelantado tan poco, sin duda, en el camino de sus mutuos empeños, que la pasajera presencia del pequeño fámulo les resulta, esta vez, cargante e importuna como nunca.

Para ella, sobre todo, interrumpida en mitad de un discurso vertiginoso, jamás el infernal muchachuelo necesitó mayor tiempo, para realizar «la misera tarea de colocar aquellos cuatro míseros platos, en su mísero sitio...» Por eso, de codos sobre la mesa, con las mejillas arreboladas y haciendo girar nerviosamente entre los dedos una borlita de seda de su blusa, tiene que apretar los dientes para poder seguir oyendo, a sus espaldas, y sin gritar de desesperación, aquel escarabajo interminable, con su aditamento obligado de absurdos resoplidos.

¡Bendito sea Dios! ¡Lo qué puede la educación algunas veces! El, en cambio, el otro, el odioso que no tiene un nervio, que siempre dice y hace las mayores atrocidades, con la más perfecta y envidiable calma, continúa allí, al otro extremo de la mesa, aguardando lo más tranquilo y sonriendo socarronamente al parecer a la bruñida hebilla de su cinto.

Es que le gusta discutir al muy canalla y es que goza con estas «peleas» que son para ella un verdadero tormento y cada una de las cuales le cuesta la pena de andar unos cuantos días, con las piernas flojas y el cuerpo dolorido. ¡Qué cobardes y qué aprovechadores son los hombres!

Un plato que resbala en el aparador la estremece violenta:

— ¡Edmond!
— ¿Señora?
— ¿Cerraste el portón de la huerta?
— Sí, señora.

Y después de mirarla unos segundos con sus grandes ojos entre espantados y curiosos, el muchachuelo torna a esconder su redonda y alborotada pelambrera entre los estantes del aparador, como una negra alimama que estuviese cavando su cueva.

Transcurren diez segundos eternos:

— ¡Edmond!
— ¿Señora?
— ¿Se acostó tu mamá?
— Todavía no, señora.

Anoche dejaron abierta la puertita del cuarto de planchar... Decile que es preciso tener mucho cuidado... Ya ha visto todas las cosas que están sucediendo en la vecindad...

«El malhechor» cree oportuno entonces deslizar un chiste, desde allá, del otro extremo de la mesa:

— ¡La noche menos pensada — dice — viene un ladrón y se la come a mi mujercita! — Mejor, — replica ella, con nerviosa violencia, — ¡mejor! — y agrega en seguida a la manera de venenoso comentario: — Que quien sabe si todavía no saldría disparando.

El, entonces, aunque ha comprendido muy bien, pregunta haciéndose el inocente:

— ¿Quién, ¿el ladrón?

— ¡No, usted, usted! Todavía sería capaz de salir disparando, si viera un ladrón, porque así son ustedes los hombres, ¡si los conoceré yo!

Las cejas del mozo se contraen al oír la respuesta. El dicho no le molesta por lo que pueda tener de atentatorio contra los respetos de su masculinidad, pero sí le choca en extremo eso de «así son ustedes los hombres, ¡si los conoceré yo!» dicho por aquella inocente boquita de veinte años. Va a decir algo, sin duda; pero la despedida del sirvientito le detiene.

— ¡Buenas noches, señores!
— ¡Buenas noches, hijo!
— Hasta mañana, Edmond.

El lo ha dicho paternalmente y risueño, ella con una amabilidad exagerada. Se diría que quisieran sacarse una ventajita hasta en la estimación del muchachuelo.

Apenas ha salido éste, ella se apresura a levantarse y a echar los pasadores a la puerta. Después vuelve a su asiento y comienza a decir en un tono casi alegre:

— Me parece que no pensaba usted lo mismo...

Pero él, muy serio, la interrumpe con un ademán de la mano.

— Señora, para que podamos seguir discutiendo, es menester que reconozca usted antes, que ha dicho una inconveniencia muy grande hace un momento.

— ¿Una inconveniencia? ¿Qué he dicho yo, señor?

— Ha dicho usted con jactancia que «si conocerá a los hombres», y es esa una impropiedad que no está bien en su boca.

Por los ojos azules de la señora pasa una sombra de espanto, pero que se borra en seguida bajo la racha de la reacción indignada.

— ¿Me va a acusar ahora de faltas de educación, señor? ¿Va a insultarme?

— ¡Dios me libre, señora! Sólo le pido que reconozca usted que ha dicho, en el calor de un arrebatado, una inconveniencia impropia de usted.

— ¡Yo no reconozco nada, señor!

— ¡Como usted guste, señora!

Y hay un largo compás de silencio. El, se mira la hebilla del cinto como si quisiera hipnotizarse, y ella desfloca inconscientemente de las borlitas de seda de su blusa.

Al cabo pregunta, incisiva:

— Quiere decir que yo he de ceder siempre, ¿verdad? ¿Quiere decir que yo nunca he de tener razón? — Y agrega en seguida, y como de costumbre, sin esperar la respuesta: — No, no señor; yo también soy capaz de tener alguna vez energía; sí, señor, energía, energía — y rompe a llorar desconsoladamente.

El, entonces, abandonando su asiento y dando la vuelta a la mesa, viene hacia ella paternal y generoso...

— Vamos, Nena, — dice acariciándole los cabellos color de ceniza, — no es para tanto; no sea caprichosa, ¿no ve que no tiene razón esta vez?... Las energías deben guardarse para el momento oportuno...

Bruscamente, muestra ella su carita enrojecida y llorosa:

— No, señor, ¡no! no quiero; yo no he dicho nada malo...

— Sí, preciosa; usted ha dicho una inconveniencia.

— ¿Qué inconveniencia?

— Usted ha dicho, «¡que si conocerá usted a los hombres!», con tono jactancioso...

— ¿Y eso qué tiene?

— Tiene, que cualquiera que la oyera y que no supiese como yo quién es usted, podría formarse concepto equivocado de su persona.

— No sé por qué.

— Porque sí; porque usted sabe que eso no es cierto; y, no siéndolo, es una impropiedad en sus labios.

Hay un nuevo compás de silencio. El, se pasea a lentos pasos y ella juega con la afelpada pelusilla de la carpeta de la mesa. Afuera, se ha levantado viento y se oye, amortiguado por la distancia, el ruido característico de una puerta abierta que se golpea. Ambos reparan en ello al mismo tiempo, pero ninguno dice al respecto una palabra. El, por no asustarla, y ella, porque está demasiado enojada en aquel momento para sentir temor alguno. Otras noches, basta el ruido que hace un ratoncillo entre el zócalo, para que se le dilatan de espanto las pupilas.

— ¡Nena!

— ...

— ¡Nena!

— ¿Qué?

— Vamos, no sea mala; déjese de tonterías.

— ¿Mala? El malo es usted, el señor se cree que una siempre le va a hacer el gusto... Que una no está más que para hacerle el gusto a «su merced» en todo lo que se le ocurre... Está muy equivocado, señor... Sepa que a mí nadie me humilla y que sé tener energía cuando es menester...

— No lo dudo, preciosa; pero ha elegido usted una mala oportunidad... Esta vez no tiene razón.

— ¡Mejor!

— ¡Supremo argumento! Así es como discuten las mujeres.

— ¿Y los hombres? ¡Tan bien que discute usted!

El piensa un instante «en lo bueno» que sería pegarle y después reanuda sus paseos. Parece imposible que una chica tan buena, tan inteligente, se transforme así cuando se enoja. Es capaz de estar cien horas en un sitio, inmóvil y sin decir una palabra. ¡Si lo sabrá por experiencia!

— ¡Nena!

Ella alza hacia él sus ojos desconfiados...

— ¿Y?

— ¿Y? ¿Qué? ¿Qué quiere que le diga?

— Quiero que reconozca que dijo usted hoy una inconveniencia...

— Yo no he dicho ninguna inconveniencia.

— ¡Sí! la ha dicho!

— ¡No!

— Está bueno...

En ese mismo instante un grito de mujer, lejano, pero estridente, resuena en la noche afuera... Las manos de la niña se crispán instantáneas engarabadas sobre sus cabellos color de ceniza y sus ojos dilatados en un vértigo de espanto, buscan los ojos de su marido.

— ¡Ay, Mariano! ¿qué es eso?

El, que ha sentido el grito en la médula, como un estileto de hielo, la hace callar con un gesto.

El grito resuena de nuevo, espantable y más próximo.

— ¡Es Rosal! ¡Por Dios, Mariano, no salgas!

Un golpe de puños, furioso, redobla al mismo tiempo en la puerta.

— ¡Virgen del Carmen!...

— ¡Cállate, Carmencita, no te asustes.

— ¡Señor, señor, ábrame! — implora una voz sofocada, por la rendija.

— ¡Ya voy, ya voy! — Y apenas las manos del mozo han corrido las fallebas, la puerta se abre de par en par con impulso violento, para dejar paso a la mujer espantada y a su hijo...

— ¿Qué hay? ¿Qué sucede?...

— ¡Señor, que en mi cuarto hay un hombre!

— ¡Imposible! ¿Está segura?

— Sí, señor; sí, señor; un hombre, yo se lo juro; un hombre; éste lo ha visto también...

Y la pobre mujer retuerce sus manos desesperadamente.

El sonríe, entre burlón y escéptico, y luego dice muy tranquilo:

— Le habrá parecido, ya ve que no ha ladrado el perro siquiera...

— Yo no sé, señor; pero lo cierto es que hay un hombre...

El muchacho interviene:

— Y también del lado de la cochera...

— ¿De la cochera, qué?

— Había otro bulto...

— ¡Virgen del Carmen!... ¿Has visto, Mariano? ¡Otro!

— Vamos, hombre, pamplinas; yo voy a ver y...

Se interrumpe de pronto, porque en ese momento llega distintamente, del otro lado del gran patio, que ilumina apenas la luz estelar, el estruendo característico de una alacena cargada que se derrumba.

— ¡Ay, Dios mío, es en la despensa!

— ¡Cierre la puerta, señor!

El deniega con un ademán de la mano. Ahora sí, se ha puesto blanco, más blanco que el cuello de la camisa...

— Apague esa luz, Rosa.

Pero como la cocinera, en el paroxismo de su espanto animal, no acierta con la llave, él, en un brusco movimiento, apaga aflojándola, la única bombilla que ilumina el comedor.

Después comienza a deslizarse felino por la sombra.

La niña pretende detenerle:

— ¡No, Mariano, no, por Dios!

— ¡Déjame!

— ¡No salga, señor!

— ¡Cállese la boca, usted!

— Mira, Mariano, no salgas si no quieres verme muerta.

Pero él, transformado en otro hombre, en un Mariano brutal y primitivo, que ella no conoció jamás, se arranca bruscamente de sus dedos crispados, con un: «¡Vamos, hombre, no sea zonzal!», que parece un rugido y desaparece en lo obscuro, dejándola estereotipada en la retina, la visión absurda de un Mariano con ojos de fiera, de un Mariano que enseña los dientes en una amarga mueca homicida...

... Hace mucho rato que se marcharon el médico, los vigilantes, los vecinos... toda esa gente, en fin, que suele llegar matemáticamente después de la consumación de las catástrofes... La atmósfera está saturada aún de olor a éter, a vinagre y a agua de melisa; pero, en la alcoba, discretamente iluminada por la lamparilla con pantalla roja del velador, reina la más completa y apacible calma.

Ella no sufre ya, se le ha pasado el hipo que la atormentó por espacio de más de una hora y hasta el dolor de cabeza, pero no puede dormirse, sin embargo, y sigue removiéndose incesantemente su rubia cabecita sobre la almohada.

— ¡Ay, Jesús, José y María!

— ¿Hum? ¿Eh?

— Nada, nada, Mariano...

— ¿Me hablaste, Nena?

— No, Mariano... no.

El, que ha abierto galantemente un ojo, vuelve a ser precipitado por el sueño, en un mullido abismo de algodón en rama... y el gran silencio torna a tender sus alas sobre el tálamo. Ya una débil luz blancuzca comienza a insinuarse por las rendijas de la ventana que da al campo. Transcurre así un largo rato.

El sigue durmiendo y ella, contemplándole entre pensativa y curiosa:

— Cuán grande es y qué bueno parece así dormido... sin embargo... ¡Ay, Jesús, José y María!...

El no abre esta vez ni siquiera un ojo. Está más dormido que antes. Ella se destose entonces...

— ¿Hum? Hace él, pero no se despierta. La niña cambia bruscamente de postura. Su movimiento recuerda el salto de los peces en el río, bajo la luz de la luna.

— ¿Hum? ¿eh?...

— ¡Ay!, ¡madre mía!

El abre un instante los dos ojos renegridos y absortos.

— ¿Qué? ¿qué tienes? ¿Te sientes mal?...

— No, Mariano, no...

— Duérmete, duérmete entonces.

— Es, Mariano, que estoy pensando...

— ¿Qué m'hija?

— En el hombre, ¿Tu crees que se morirá el hombre, Mariano?

— No, Nena, ¡qué pamplina! Duérmete; no te preocupes...

Y va a darse vuelta para cambiar de postura cuando ella le detiene, estupefacto, casi indignado...

— ¿Qué?

— ¿Qué?

— Es, Mariano, que yo quería decirte, además, otra cosa...

— ¿Qué, m'hija?

— Una cosa, pero me da mucha vergüenza...

Y al decir esto, es ella la que se vuelve bruscamente y ocultando su rostro entre las almohadas, comienza a sollozar dulcemente.

El, despierto ya del todo por la sorpresa, se incorpora en el lecho. Mira un instante con ceño la lamparilla de roja pantalla que ilumina la alcoba, y luego se inclina lleno de ansiedad cariñosa sobre los alborotados cabellos de color de ceniza...

— ¿Qué tiene, Nena? ¿qué le pasa?

Ella se explica entonces entre cortados suspiros:

— Nada, Mariano, una zoncera... quería decirte, no más...

— ¿Qué? preciosa...

— Que es cierto... que hoy dije, una incon... ve... nien... cia...

— Y torna a llorar después desconsolada. El palidece de emoción al oírla:

— Vamos Nena, vamos; ¡qué pavada, qué que pavada! mi vida... Y mientras las gruesas manos del hombre acarician la rubia cabecita que se entrega sumisa, y mientras los labios ratifican un viejo y sagrado convenio de amor y de paz, afuera comienzan a cantar los pajarillos...

Pintores americanos

en Barcelona.

J. Torres-García, pintor y escritor; Rafael Barradas, paladín del evolucionismo pictórico, — los dos uruguayos — y Roberto Montenegro, mejicano, delicado ilustrador de poetas, acaban de celebrar exposiciones de sus obras en esta ciudad. La afluencia de artistas extranjeros a España, como una resultante de la guerra, es muy curiosa; antes se disputaban las predilecciones artísticas otros países. Hoy todo ha cambiado. El arte no puede vivir como antes en la contienda. El arte sigue siendo diversión del espíritu y la buena pintura patrimonio de los ricos. Las fortunas han sufrido enormes descalabros, y los enriquecidos en la guerra, no tienen su atención en estas bellas cosas. Además, los salones de París, están cerrados y los artistas emigran. España es un oasis de paz.

J. Torres-García, publicó, poco antes de su exposición, un libro: «El descubrimiento de sí mismo». Consejos a los artistas, escritos en forma epistolar. Obra vivida en la cual el autor nos cuenta su proceso espiritual hasta llegar a una absoluta sinceridad en arte; en cierto modo ingenua y con un lugar común: la personalidad. El autor exhorta a su creación, pequeña o grande, dentro de cada ser, pero con demasiada insistencia, olvidando que ello es algo que se posee o no. Y que, los que la tuvieron en más alto grado no se preocuparon de ella.

Después de publicar este libro, como una ratificación de sus teorías, ha expuesto en varios salones un centenar de obras. En ellas están bien marcadas sus evoluciones: Desde los motivos decorativos del Palacio de la Diputación Catalana, a la manera de Puvis de Chavannes, hasta su última manifestación de un futurismo acertado y de buena ley que él titula: Plasticismo Biológico. En su paleta priman los colores sucios, por eso nos impresiona el extraordinario vigor de sus asuntos del puerto y algunos aspectos de la ciudad verdaderamente antipáticos.

Torres-García es uruguayo, aunque los catalanes lo cuentan entre ellos y hable y escriba en el idioma de Verdaguer. Practicando su credo, vive en un pueblecito cercano a Barcelona, frente al mar y



PINTURAS DE TORRES GARCÍA, EN LA DIPUTACIÓN CATALANA

junto a la montaña, donde todo es grandeza y serenidad. Allí, en su soledad, trabaja. Y ya con la barba y el cabello canos, piensa en su patria, con las nostalgias tristes que curará el retorno...

En las Galerías Dalmau, donde todo lo raro y lo nuevo tiene su sala, ha expuesto Rafael Barradas; y su exposición ha tenido la virtud de desconcertar a los críticos y al público. No quiere este pintor que se lo clasifique entre futuristas, ni cubistas, ni planistas... Quiere ser él, único y solo, y si con algún nombre habríamos de clasificarlo sería con el de emocionista del color. Es este elemento lo que más nos interesa en sus cuadros; con el color está enmarcada su alma y con el color nos da la impresión de una cosa, de una persona, de un movimiento. Es el suyo un arte personal que anhela llegar a la emoción pura, simple, pero a través de una difícil cerebración. La novedad en arte es siempre una prueba de existencia, y Barradas tiene esta novedad y una gran fuerza interior, para imponerla o sacrificarse. Es uruguayo, es joven y es fuerte.

Hace mucho tiempo, vimos un libro de versos de Amado Nervo, ilustrado por Roberto Montenegro. A la delicadeza de la rima del dulce poeta, correspondía la obra del dibujante. Era una bella interpretación de símbolos; era un extraordinario buen gusto. Han pasado algunos años y aquellas cualidades han ido depurándose, hasta llegar a esta exposición, donde hemos experimentado una agradable sensación de orientalismo. Montenegro ama y pinta paisajes y floras extraños, de cuentos miliunanoscos. Las ilustraciones a «La Lámpara de Aladino», libro suntuoso que acaba de editar, corresponden a estas bellas visiones y han tenido un éxito enorme. Hay una serie de interpretaciones de poemas de Herrera y Reissig, Valle-Inclán, Manuel Machado y de otros poetas, cuyas emociones son afines a las de su espíritu sutil y refinado.

VALENTÍN DE PEDRO.

Barcelona, diciembre de 1917.



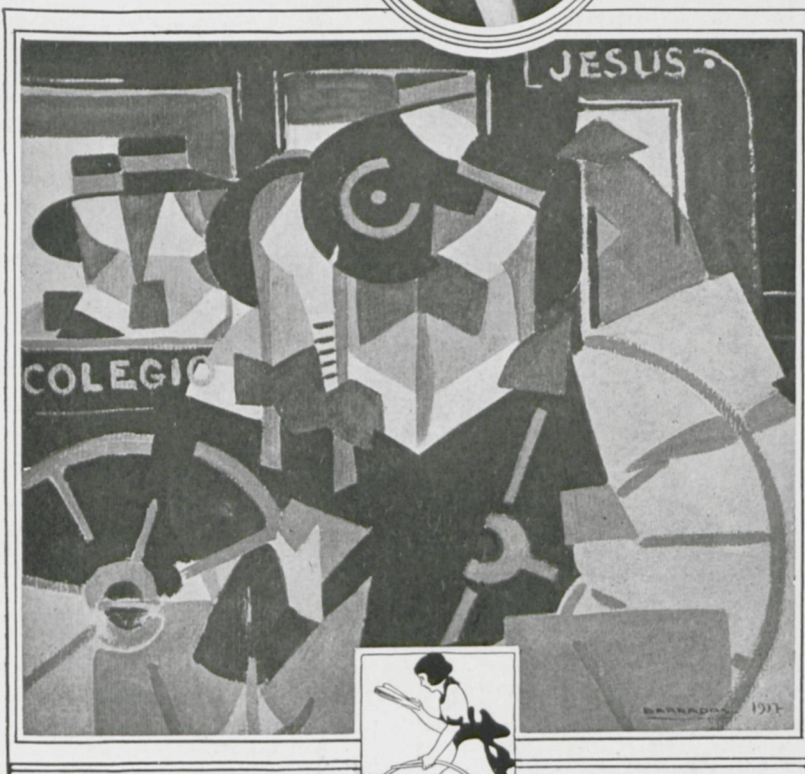
TORRES-GARCÍA CON SU FAMILIA.



RAFAEL P. BARRADAS.



ROBERTO MONTENEGRO.



COLEGIALA (PROCESO DINÁMICO),



CUADRO DE RAFAEL P. BARRADAS.



DANZA ESPAÑOLA, DIBUJO



A PLUMA, DE MONTENEGRO.



ESCUELA ITALIANA

LA PLEGARIA

ÓLEO DE BIANCHI MOSÉ DI MONZA

DE LA COLECCIÓN PELLERANO.



JOSÉ MARÍA CAO

Inútil empeño el mío querer encerrar en unos cuantos párrafos la compleja personalidad de Cao. Bien a mi pesar, tengo que valerme de formas vulgares, lugares comunes, fríos e inexpressivos, por no hallar los términos precisos con que trazar la silueta del maestro de la ironía.

La enorme figura de Cao, empezamos a verla en sus justas proporciones, después de haber desaparecido. Va agrandándose a medida que el tiempo pasa, y cuando llegue el momento en que cuajen y se sinteticen las manifestaciones de su múltiple talento, tendremos entonces la noción exacta del prodigioso volumen espiritual de José María Cao.

He de limitar mis deseos, pues sería necesario poseer la aguda visión del mismo Cao para trazar con alguna exactitud su indefinible personalidad. Por eso temo que en este caso no sea suficiente mi buena voluntad.

Su vida exterior, aunque bien conocida, no fué bastante para juzgarle. Era preciso estar en contacto íntimo con él, analizarle con frecuencia, escudriñar las complicadas indecisiones de su espíritu, sus dudas perpetuas, sus constantes tanteos, que le impidieron orientarse de un modo definitivo, desconcertando al que trataba de analizarle. Su característica fué siempre la indecisión. Un pensador indeciso, sí, pero cultísimo, profundo, amplio, depurado.

El carácter de Cao puede pintarse con esta frase suya: «El último libro que leo — me decía — es el que me convence». Así era; la última idea, el último pensamiento borraba los anteriores, y subsistía... hasta que otro más nuevo lo desalojaba. Y siempre indeciso, sin oponer resistencia, sin preocuparse nada de la línea recta, se dejaba llevar aceptándolo todo como una fatalidad, a la que hay que someterse.

Y por contraste, esta serena indiferencia ocultaba al ironista más agudo y sutil, al caricaturista más fino, mordaz, ingenioso y afirmativo que ha existido en este continente. La labor externa era débil reflejo de sus sorprendentes facultades. La labor íntima, la que se realiza sin ligaduras, libre, amplia, atrevida hasta la irreverencia o la crueldad y que no sale del reducido círculo donde todo se tolera, menos la tontería; ahí la mordaz ironía de Cao llegaba al rojo blanco y provocaba la franca carcajada hasta el llanto. ¡Qué derroche de imaginación! ¡Qué observación más profunda! ¡Qué asombroso acierto para descubrir el punto débil y destacar la nota ridícula de la víctima elegida! Infundía pavor, porque a su aguda y certera vista era inútil ocultar las pequeñas debilidades que todos poseemos. Sin mirar, veía; y las corazas más seguras carecían de eficacia ante sus infalibles arremetidas.

En estos secretos certámenes del ingenio, han nacido dibujos formidables, positivamente superiores a los que el público conoce. Por ahí andan innumerables caricaturas (algunas de ellas cuidadosamente ocultas) verdaderos tratados de psicología, revelaciones sorprendentes, que han causado, por su fidelidad, más de un serio disgusto de esos que perturban el sueño. Muchas veces ha sido necesario contenerle porque de su lápiz salían a menudo caricaturas verdaderamente demoledoras. Si esta obra llegara a conocerse produciría asombro.

Dejaba pasar la vida con aparente indiferencia, y sólo en el momento oportuno alargaba la mano



para tomar la parte ridícula que estaba al alcance de ella, que guardaba después cuidadosamente, como guarda el naturalista los insectos que han de servirle de estudio.

Sentía secreta complacencia en volver del revés esas figuras decorativas que aparentan ser algo y no son nada; como hábil jugador de manos, descubierta la insignificancia, las volvía nuevamente a su estado normal y las dejaba continuar su camino tranquilamente.

Y, aunque parezca algo extraño, yo encuentro en todo esto cierta relación con las facultades pedagógicas de Cao. Porque — y como otra nota bien saliente de su personalidad — poseía la característica de saber enseñar. Tenía la rara propiedad de colocarse, sin el menor esfuerzo, en el mismo plano del discípulo. Su mentalidad se elevaba o descendía, con la sensibilidad de un termómetro, para situarse en el punto preciso, y sus diáfanas explicaciones no dejaban rastro de duda.

Esta figura incoherente y extraña, está llena de episodios interesantes. Allá por el año 1889, Cao empezó a dibujar periódicos tomando un poco en serio la profesión. El más observador no hubiera podido encontrar en estos comienzos al hábil dibujante del futuro. Algo más tarde, ingresó en *El Quijote*, y allí, con el pseudónimo de Demócrito II, empezó a revelar sus facultades que concluyeron por afirmarse en *Caras y Caretas*.

Antes de esta época, su vida, a veces fué dura. Cierta día, estando muy necesitado mandó a cobrar — sin resultado — el importe de unos dibujos. A la segunda tentativa, Cao dijo al cobrador: — «No te molestes más; no vale la pena. El deudor o no puede o no quiere pagar; en ambos casos yo no cobro. Pero si cambia de actitud y mañana quiere pagarme, se embroma, [porque no le cobro] — Y rompió la cuenta.

—PLUS ULTRA—



Otra vez pidió ayuda a otro compañero y a mí, para llevar a cabo una obra pictórica de cierta importancia. Se trataba nada menos que de pintar el carro de la carne de Lanús. Y el carro fué pintado.

Cao ejecutó en el frente una alegoría que representaba una vaca pastando tréboles. — ¿Qué es eso?, le pregunté. — Pero hombre, replicó, si está clarísimo. La vaca, nutriendose de tréboles, lleva la buena alimentación y la buena suerte al que la come, todo en una pieza. Si encuentras un símbolo mejor, dimelo.

Las condiciones pedagógicas de Cao fallaron una vez. Preso, por sus violentas campañas políticas, trabó conocimiento en la cárcel con un célebre ladrón, que le fué muy útil durante la reclusión. Enternecido, decidió protegerle pensando rehabilitarlo. Conseguida la libertad de ambos, Cao le admitió en su casa como sirviente y empezó el trabajo de regeneración. El ladrón se sometía gustoso e iba adaptándose al nuevo ambiente, cuyas ventajas reconocía.

Seguro de la eficacia de su prédica, Cao llegó a confiarse, y esta confianza la aprovechó el ladrón para llevárselo hasta el último centavo.

— «Don José — le decía el ladrón en la breve entrevista que tuvieron al descubrirse el robo — don José, no pierda el tiempo conmigo; la vida que usted me aconseja no es para mí; me aburre». Y Cao dejó que se fuera con los pesos.

Tuvo siempre marcada afición por la música, y si bien llegó a dominar la teoría en absoluto, jamás pudo vencer las dificultades técnicas que siempre le presentaron los rebeldes instrumentos. Llegó a conocer el mecanismo de la flauta, la guitarra, el piano, el mandolín, la bandurria, el arpa, el violoncelo y el violín. Pero aunque insistió sobre este último con verdadera tenacidad años y años, siempre salió derrotado.

Muchos que hayan cruzado a altas horas de la noche las calles solitarias de Lanús, habrán oído los ásperos sonidos de un violín inhábilmente tocado, acompañado de los aullidos de un perro. Este dúo fantástico tenía por actores a Cao que estudiaba música, y a Cucho, su perro, que le acompañaba con sus lamentos.

En resumen, Cao fué de todo: poeta, comediógrafo, excelente prosista, dibujante, músico, pedagogo; fué fundador del *Eco de Galicia*, *El Cid* y otras publicaciones. Colaboró en casi todos los diarios y revistas ilustradas de Buenos Aires. Socialista, anarquista, aristócrata, masón, indiferente, crédulo, escéptico, contradictorio, y por encima de todo un pensador profundo y un ironista formidable. Una enciclopedia viva y serena, que derrochó cuanto tuvo, y no quiso guardar nada para él. En una palabra: Cao fué un caos.

Trato en este juicio mío de apartar por un momento las sensaciones que me conmueven y que pudieran parecer apasionadas. Miro con la imaginación las grandes figuras de los grandes humoristas contemporáneos, y veo abrirse sus filas para dejar espacio al inolvidable amigo que va a ocuparlo por derecho propio. Y así, del brazo de los indiscutibles, de los consagrados, tranquilo y sonriente, le veo marchar hacia el alto lugar que tiene tan bien ganado y al que no llegan más que los elegidos.

MANUEL MAYOL.

C A R N A V A L

El júbilo monocorde y desentonado de las Carnestolendas callejeras, inspiró a Cao una sátira que rebosa humorismo e intención. Las frases, los gritos y las bromas, tal vez hayan ido modificándose; pero el espíritu del Carnaval y sus demostraciones de ronca alegría resultan idénticos a los que el gran dibujante y escritor supo resumir en esta página, que reproducimos como homenaje al claro talento del inolvidable humorista, cuya aguda sátira nunca pierde ni actualidad ni valía artística.



Buenos Aires es el país del ingenio, del buen humor, del esprit, del aticismo, de la gracia... (Véase la muestra.)



Buenos Aires no ríe a carcajadas como esos pueblos bárbaros de ultramar; su risa es grave, serena, culta, recatada, enteramente moderna.



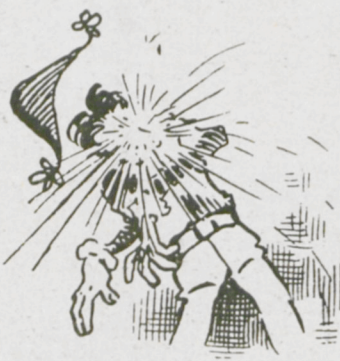
Para convencerse, no hay más que seguir a una máscara cualquiera, y escuchar un rato. Ahí viene un Arlequín.
— ¿Cómo te vaaa?... (Eso lo dice Arlequín.)



— ¿Cómo te vaaa? — le contestan. Y entre Arlequín y las máscaras que van pasando se entablan los diálogos que siguen:



— ¿Cómo te va, che?... Fíjense ustedes en ese che: es todo un epigrama encerrado en una sílaba. (Pero hay que entenderlo, por supuesto.)



— ¿Cómo te?... — ¡Zas!... (Zas no es una exclamación, sino la consabida bomba de agua que revienta sobre la cara de Arlequín.)



— ¡Adiós! — contesta Arlequín. — ¡Adiós, atorrante! (Esta salida es de lo más feliz que se ha oído en los presentes carnavales.)



— ¿Cómo te vaaa? (La gracia de Arlequín, habrán podido observar ustedes que consiste mucho en la reiteración de la frase.)



Y como al que no quiere caldó le dan tres tazas, le contestan de seguida. — ¿Cómo te va..., cómo te va..., cómo te vaaa?...



— ¿Cómo te?... — ¡Tuuu! ¡Tuuu! ¡Tututuuu!... (Sistema enteramente nuevo, que consiste en retrucar por música.)



No podemos contener la discreta sonrisa: Arlequín ha cambiado de táctica, y, haciéndose el mudo, arroja bombas boers a un coche cargado de niños.



Después echa a correr, gritando a derecha e izquierda: — ¿Cómo te va, cómo te va, cómo te va, cómo te vaaa?...



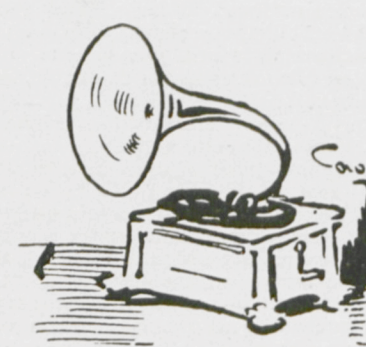
Multitud de máscaras que han visto el éxito de la frasecita, corren también repitiéndola por todos los corsos de la capital.



Como el procedimiento data de muchos años atrás, resulta hoy Buenos Aires de una alegría bárbara. (Véase la clase...)



Y siendo esta una revista de índole principalmente humorística, permítasenos repetir ahora: — ¿Cómo te va, lector?



Porque el ingenio, el aticismo y el buen humor actuales, consisten en dar así las bromas: o pesadas, o no darlas.



Las rondas del amor

Carmen, Leonor y Elena han sonreído.
(Los estandartes rojos del crepúsculo carminan las aguas paralíticas del lago. Rosas innumerables sufragán el primaveral plebiscito. Sobre los verdes almohadones de césped, aves galantes y exóticas vagan en silencio decorando distraídamente la tarde.)

Carmen ha sonreído incrédula, Leonor con tristeza, Elena con ironía.

— El amor — prosigo, mirando alternativamente las tres divinas sonrisas — es una pasión bastarda y prematura que o nos arroja como heroínas a las grotescas tragedias del guñol o nos arrastra como fantoches por los tableros del ridículo. El espíritu ecuaníme, serenado en el panorama espiritual de la filosofía, contempla compasivamente sus lamentables aventuras. Porque tampoco es el amor una pasión original, ni siquiera una suma sensitiva, sino la complacencia enfermiza de otras pasiones menores en la declinante mansedumbre de nuestras potencias morales. Su oscuro origen, sus arbitrarias ideaciones y la flébil complexión de su ortodoxia pueden darnos la medida de su valor.

(La carne viva de las rosas se melifica con el dorado polen del crepúsculo. Un violeta espiritual arrasa suavemente los matices en una desmayada atmósfera de ensueño. Cisnes de seda virgen flotan someramente sobre la seda vegetal de las aguas limosas. Embiste al firmamento el cuerno agudo y luminoso del semilunio.)

Carmen, Leonor y Elena miran meditativamente la vaga opacidad del infinito.

— El amor — continuó — ha puesto en la flecha milagrosa su heráldica cruel. Por parecer ingenuo se fingió niño (él que tiene la edad fabulosa de los astros) y para herir sin miedo se vendó los ojos. La elástica fibra de su arco zumbaba siniestramente y en la aljaba repleta asoman sus vértices erectos los venenosos haces. Guerrero formidable, porque es también poeta y tampoco desdeña el hábil plectro que suscita en las noches las nobles melodías. ¡Pobre la doncella curiosa que abra su puerta al peregrino! Exprimarán sus ojos el zumo venerable y agitarán su pecho tormentas de sollozos. La última estrella de la noche la encontrará despierta cuando las campanas del alba llamen a misa de sol, pero su alma envidiará la inocencia feliz de las alondras mañaneras.

Carmen dice: «Después de todo, ¿quién sabe!»
Y Elena: «¿Vamos a cortar rosas?»

Tomadas de la mano, suscitando en el verdegrisado de la hora la cándida afluencia de sus vestidos blancos, se alejan por la recta, larga y crujiente del paseo. Luego se internan en los maticos de rosales.

Quedamos solos, sentados frente a frente. Los otros dos sillones de mimbre parecen las mitades de una cuna vacía. La soledad nos da una isla

exorbitada. Mi alma se ilumina de vagas proyecciones, mis ojos buscan las pupilas excelsas. Y Leonor, la muy amada, contempla fijamente sus manos superpuestas que sobre el fondo blanco de la falda radian sus dedos finos como las puntas de una rosa de los vientos.

(Se acerca, de puntillas, la noche. Voces oscuras van borrando a trechos el silencio. Los árboles se duermen como ancianos, en un tránsito audible. El crepúsculo deja apenas un recuerdo de luz.)

Y Leonor, la dilecta, dice: «Entonces ¿para qué amar?»

Secretamente se miran y comprenden nuestras almas. Se deshace en mis manos su rosa de los vientos y como no hay palabras que digan lo inefable, escuchamos las voces del paisaje.

Se oyen de pronto dos pavorosos gritos. Carmen y Elena regresan en temerosa fuga a nuestro amparo, incendiando de rosas el paseo.

Llegan purpúreas y tremantes, como esas dalias sanguíneas, llagas en el bosque, donde se abrasan los insectos nómadas en las siestas calinas.

— ¿Era un hombre?

— No; era un monstruo.

— A mí me agarró de una mano.

— A mí de la falda.

Y Leonor, dulcemente: «Por aquí no ha pasado.»

(Golpetean los sapos sus cristalinos tamboriles. Cruza rauda un ave rezagada. La sombra de los árboles mancha la claridad lunar de los paseos.)

Nosotros sonreímos. Ellas suspiran sin saber por qué.

JOSÉ MARTÍNEZ JEREZ.

DIBUJO DE FELÁEZ.

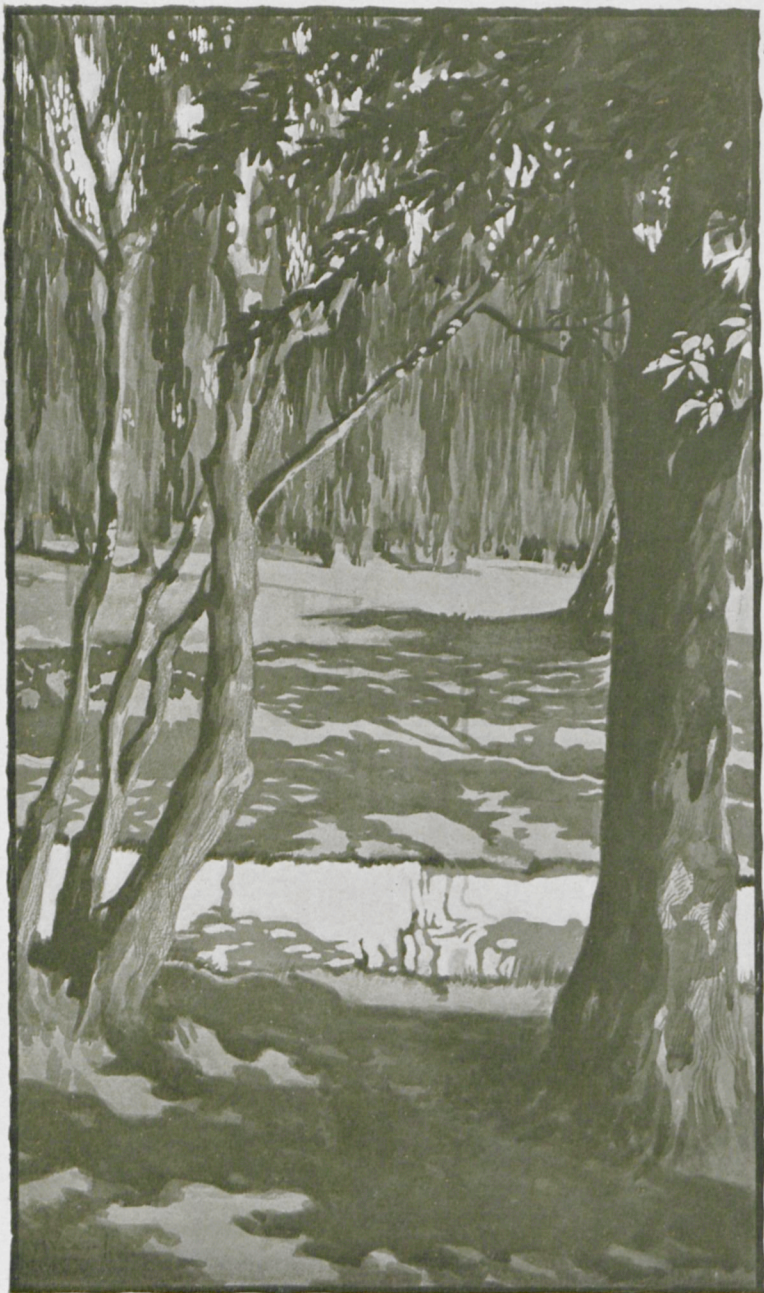
Siesta

Me tiro, como un fardo, sobre el chaise-longue... Me inclina la cabeza, de un rudo manotazo, el esplin.
(Un eco de jadeantes cloqueos de gallina, entra, por las ventanas abiertas, del jardín).

El sol incandescente, glabro, se me imagina, como un rostro apoplético, saturado de gin.
(Un coro de chicharras agriamente rechina arañando su áspero, monótono violín).

La luz se filtra y pasa, pálida, en los stores, con un brusco bostezo, deshojanse unas flores marchitas, en un vaso de bambú del Japón,

los sillones ofrecen sus amplexos de mimbre, y sale, extrañamente de la pared, el timbre, como el cruel ojo insomne de algún genio burlón.



Modorra

Las aguas temblorosas,
los inmensos espejos
de las aguas verdosas,
infunden a las cosas
vibraciones bizarras,
y el chirriante, monótono, cantar de las cigarras,
hierve, como una absurda sinfonía, allá lejos...
Revolotea, vibrante como una puñalada,
el picaflor de pluma tornasol,
Y sobre el tronco hueco de una palma quemada,
yace una mariposa azul, que, aletargada,
se estremece al amplexo ardoroso del sol.
Las lagartijas reptan, con lento contoneo,
con una irresistible pereza de vivir,
hay en todos los árboles el mismo cabeceo,
como si el bosque entero se quisiera dormir...
Todo se duerme y calla: y en un cierto momento
cual si un soplo de vida lo viniera a animar,
estira los follajes un desperezamiento,
y rueda el vaño pesado, bochornoso, del viento,
como el bostezo enorme del bosque secular...

Juan Carlos Bernárdez



¿Quién inventó esa lotería que se llama veraneo? Difícil resulta despejar la incógnita.

Desde luego, puede afirmarse que el espíritu humano, triple esencia de la contradicción, es panameño en invierno, y esquimal en estío. Porque el alma gira alrededor de un eje inclinado paralelamente al eje de la Tierra. Hasta ahora se creía que nuestro huésped interior era plano, inmóvil, mantenido sobre ocho columnas, bajo el séptuple fanal de los cielos. Ya se sabe que es un esferoide de revolución, y este conocimiento ha venido a revolucionar toda la filosofía. Sin embargo, aun existen metafísicos que conocen menos del alma que el célebre profesor cuyo saber hacía cantar a los discípulos:

*La Tierra es una bola
chata por arriba, chata por abajo.*

Esta doble ñatura terráquea es semejante a la animica, pues *ñatura non fecit saltum*. «Chata por arriba, chata por abajo», y giradora de suyo, el alma, pues, tiene cuatro estaciones; mas como da vueltas en sentido inverso, es invernal durante el estío y veraniega durante el invierno.

Ahora bien: no habiendo veraneo bastante para todos, fué necesaria y benéfica la institución de la lotería del veraneo.

Las golondrinas, algunos empleados de frigorífico, las cigüeñas, los lapones, todas las aves migratorias, la mayoría de los ricos e innumerables «frescos» supieron burlar las leyes distributivas del calor y del frío para buscarse la temperatura que más les conviene.

Pero, más bien que el de lotería, le sienta al veraneo el nombre de rifa, o el de rifa-lotería autorizada por el superior gobierno de todas las naciones terrestres y celestes. Es una institución eminentemente moral y reguladora, aunque lo contrario afirman los hombres descontentos. La Naturaleza sabía lo ordenó así; porque si todos veraneasen, las urbes se quedarían vacías en pleno estío, cuando las fábricas de hielo, de ventiladores, abanicos y tifus, más necesitan el concurso del parro-



ESTIVAL

quiano. Y si el previsor gobierno, discípulo aventajadísimo de la Naturaleza, supiera enmendar la plana a su profesora, prohibiendo el veraneo, ¿qué sería de la Ilusión?

¡Oh, la Ilusión, ola refrescante, una y múltiple, ilusión de ilusiones que tiene iodo de anhelo y sal de esperanzas, qué sería de Ti sin las dos esferas giratorias donde están los premios grandes y chicos del veraneo!

Los favorecidos, los agraciados de la suerte, cobran a estas horas, o cobraron ya, sus premios. Esa gente feliz que satisface el ansia lapona de su espíritu en la estancia del pariente o en la casa playera del amigo, nada necesita de nosotros.

Nuestra prosa, que deseamos hacer lo más benéfica posible, te hablará, lector, de los «desveraneados» de la fortuna.

Comencemos por los hebdomadarios veraneantes de esta playa dulce, de esta playa ilusa donde un mundo dominguero busca oxígeno fresquito. Bajo los árboles de cuya madera extraen frescas virutas, junto a la cerveza al hielo o a la novia deshelande, los muchachos se tonifican. El baño, la sombra, el aire y la fantasía, todo mezclado con gotas de fino amor, realizan una obra «auto-altruista».

«Mar del Plata es caro, aburrido, incómodo; las demás playas, lejanas y cursis; la permanencia en el empleo, imprescindible...» Con estas consideraciones no hay veraneante malogrado que no se consuele. Y la brisa fresca ayuda a suspirar, a imaginar, a vivir.

Cuando el tranvía los devuelve a la ciudad, traen el espíritu oreado, satisfecho, dispuesto para resistir ventajosamente el calor bonaerense.

Otros convierten la acera en-playa veraniega, y a la luz cansina de los faroles, casi en traje de baño, descansan. Las notas de un bandoleón perfuman el ambiente, oxigenándole de paso, porque la música también tiene oxígeno.

En todas partes hay un pedazo de veraneo, un sabroso trozo que se prepara en las cocinas de Maya, la diosa de la ilusión y, por lo tanto, de la conformidad. Los lagos de Palermo son mares, los cóndores del Zoológico esparcen bajo el sol incandescente la frescura de las eternas nieves. Contemplando los patinajes carcelarios de los osos polares una ola de frío nos conforta. El hombre, maestro de baile del oso y su discípulo de patinación, le debe además este consuelo.

De este modo, por mil procedimientos cuya relación no cabría en una página, pasamos el estío sin envidiar la suerte de los favorecidos.

¿Qué sería del mundo caldeado, si todo fuese de un color uniformemente negro, de negro pésimo, si los hombres no supieran teñir de rosa su existencia? ¿Qué más da Trouville que la gran playa de un inmenso río amarillo donde los bañistas arrastren el abdomen haciendo como que nadan sobre enormes profundidades?

El alma humana es un esferoide de revolución que gira alrededor de un eje inclinado sobre dos polos eminentemente chatos. Hay una psicología de invierno, una lógica de verano y una moral de entretiempo. Irse ajustando al constante y anual cambio de las estaciones animicas equivale a ser sabio en mundología y demás ciencias exactas. Y no reconocer tales enseñanzas, es ir a pasos largos hacia la atorrancia menos científica, porque tejer el capullo dorado de la vida con hilos de paciencia y conformidad es como vivir en pleno veraneo.

RAÚL P. OSORIO.





UNA ESCENA DE CARNAVAL.
EN EL BAILE DE MÁSCARAS.

GOUACHE DE ALONSO.



ORILLAS DEL LAGO DE COMO

¿En dónde la naturaleza es más benigna, y fraterniza de una manera más cordial con nosotros, que en las márgenes de este lago, sereno, como la pupila de una divinidad antigua? ¿En qué parte se respira una elegancia tan ligera, y tan perezosa, como en el silencio rumoroso de estas terrazas perfumadas? ¿Montañas verdequeantes que reprimen su ambición para volcarse en curvas cadenciosas? ¿Impavidez del lago, cuya tersura sólo a veces se empaña con la brisa, como obscurece una pupila cuando pasa por ella un pensamiento, melancólico?...

¡Sin duda, estos son los jardines del amor! Entre las justas proporciones de cuanto nos rodea, nos movemos libremente, livianamente, sin que nada de excesivo nos sofoque o nos intranquilece. Con sólo descansar nuestra vista en las curvas femeninas de las montañas, sentimos una verdadera satisfacción, y el solo hecho de respirar es, para nosotros, un deleite parecido al que deben sentir los árboles al llegar la primavera. Ungidos por esta luz embriagadora y tornasolada como el ajeno, nuestro exceso de vida aprovecha cualquiera oportunidad para emplear su vigor, con la coquetería con que pudiera hacerlo una mujer madura.

Llenos de un sentimiento pagano, nos complacemos en sentirnos vivir, y con sólo sentirnos vivir nos contentamos. Nuestra enfermiza ansiedad de «más allá» y de «quién sabe qué» nos abandona al aspirar esta brisa perfumada y fresca, como el aliento de un adolescente; y la vida, nos parece algo tan delicado y tan fácil, que no deseamos olvidarnos de que vivimos.

Ciertamente, un temperamento que se complazca en arder de continuo en una heroica exaltación, podrá encontrar demasiado muelle, y hasta un poco banal este paisaje. Sin duda, las montañas, al demorar las caídas de los torrentes que se suicidan pasando por las pupilas huecas de los puentes así como la docilidad algo doméstica, con que los árboles reprimen el desorden de sus ademanes, le restan sublimidad, y contribuyen a darle una blandura casi cortesana. Pero en cambio, ¡qué elegancia tan medida y tan fina; qué perezosa tan pacífica y tan azulada nos invade en estos jardines luminosos, donde las cosas atenúan sus contornos para fundirse en una armonía suave y musical!

Yo, al menos, al pasearme por sus terrazas floridas, he aspirado con deleite la languidez de

cuanto me rodeaba, y sintiendo la benignidad acariciadora de las cosas, me he abandonado sin reservas a la dulzura de registrar mis propias sensaciones. ¿No es acaso disculpable cualquiera languidez en un paraje donde los botes se deslizan en un susurro de faldas femeninas? ¿En dónde las mujeres tienden sus molices en los lechos flotantes, mientras sonríen a su propia perezosa? ¿Donde todas ellas se visten con colores claros, tienen el olor sencillo de las flores silvestres, y parece que no temieran que nuestra codicia les apretara la cintura?...

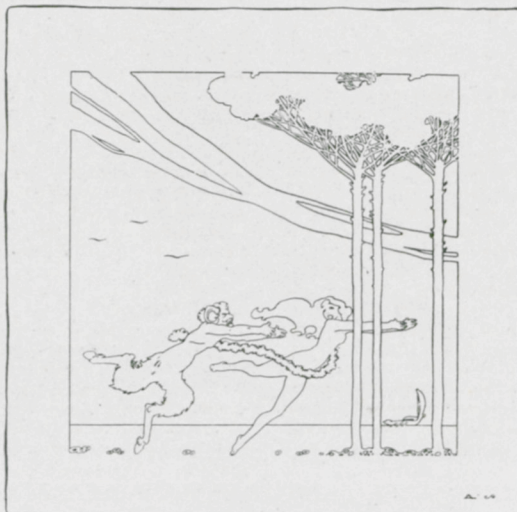
Sin duda, sería petulante tachar de mal gusto la sensualidad de estas gentes que han aprendido a tener gestos armoniosos, mientras la barca se desliza al empuje de las velas latinas; y fuera una imperdonable falta de comprensión que, apretados por nuestro traje negro y nuestros modales demasiado sajones, juzgásemos excesiva la graciosa libertad de sus maneras y de sus sentimientos. Las mujeres, sobre todo, tienen un encanto en que se mezclan los desfallecimientos más sensuales a una alegría sana que suena en risas armoniosas.

En sus ojos y en sus caderas hay, no obstante, algo de la cadencia trágicamente voluptuosa de

las mujeres andaluzas; pero su sensualidad es menos vibrante, menos dolorosa, más delicada, más felina. Mirándolas presentimos que podríamos amarlas fácil, alegremente, sin que la intensidad de nuestro amor nos ponga en presencia de la muerte.

Es esta la idea que con más frecuencia he escuchado mientras me llegaba el sonido de las campanas y refrescaba mis manos en el lago. En este rincón privilegiado — me decía yo — la naturaleza es tan benigna, que no es posible imaginarla desprovista de cuanto la decora en este instante. La idea de inmortalidad que comúnmente nos sugieren las montañas y las estrellas, se extiende aquí, a todas las cosas y a todos los seres; y solamente por un esfuerzo intelectual llego a comprender que ellos están sujetos, como en cualquiera otra parte, a las leyes que gobiernan la vida. En tal sentido han hecho bien en venir a ocultar sus amores descalificados, todos aquellos cuya historia se comenta aún, sobre las mesas de las «trattorias». Sus fiebres pudieron encontrar aquí, no tan sólo un ambiente que les aconsejara el desprecio de todos aquellos fantasmas con que la ciudad pretendía reprimir sus desórdenes, sino que, al mismo tiempo de brindarles un marco propicio a todos los excesos, les infundiera la ilusión embriagadora de que sus desfallecimientos no tendrían un término. En las villas perdidas bajo las cúpulas de las higueras y de los nogales, sus pasiones pudieron respirar libremente, y en el silencio de los plenilunios, cuando el lago se perfuma de canciones, sentirse estremecer mientras los remos del bote se plateaban.

¡Estos son los jardines del amor! ¡No es por una casualidad que Psiquis besa a Cupido allí en la «Villa Carlotta»! Cuantos viven sobre sus márgenes tienen una misma y enternecedora buena voluntad de ser felices, que para la mayor parte de nosotros no consiste en otra cosa que en conseguir un mendrugo de cariño. Qué de extraño tiene entonces, que cuando veo desde mi bote los caminos por donde trepan los sátiros y las cabras, piense que me gustaría trepar a mí también, después de retozar en las laderas perezosas y verdequeantes, de exprimir las ubres de las viñas, y tejer un ensueño sencillo, bajo la complicidad de las hojas antiguas de los olivos.



« Los incesantes progresos del espiritismo, quiero decir, su incesante incremento, dando lugar a que un mismo espíritu pueda ser invocado a un mismo tiempo en opuestos lugares de la Tierra, plantea naturalmente la cuestión de la ubicuidad de los espíritus ». Así principia una comunicación recientemente dirigida por el profesor Ciriaco Venezuela, de la Universidad de Caracas, a la Administración General Espiritista del Oeste, de la docta ciudad de San Francisco de California. Trátase de un documento de la mayor importancia, tanto por la entidad del tema que aborda, como por las teorías que sustenta, como por los hechos históricos que refiere, como, en fin, por la propia autoridad del profesor Ciriaco Venezuela.

El profesor Venezuela no admite la ubicuidad de los espíritus. « Es posible, — dice, — como lo afirma mi sabio amigo y colega el profesor Buenaventura Gomensoro, de Las Palmas Produce, República Argentina; es posible que los habitantes del Ibicuy, en esa misma república, estén dotados del don de la ubicuidad. Pero de aquí en manera alguna se sigue que los espíritus estén dotados del don de la ubicuidad; y se sigue tanto menos, cuanto más profunda y evidente es la diferencia que existe entre la ubicuidad y la ubicuidad ». En efecto, y por si nuestros lectores no lo supiesen todavía, los espiritistas de la escuela paranaense, acaudillados por el profesor Gomensoro, quisieron apoyar sus teorías sobre la ubicuidad de los espíritus, en cosa que le es tan ajena, como esa propiedad característica y privativa de los habitantes del Ibicuy, que se llama la ubicuidad.

Según el profesor Venezuela, si urge aclarar la cuestión de la ubicuidad de los espíritus, no es por ella en sí misma, puesto que no afecta a la esencia del espiritismo. Es por las razones de orden práctico a que alude al principio, es para que, no siendo ubicuos los espíritus, puedan adoptarse medidas por cuya virtud se impida que un mismo espíritu sea invocado al mismo tiempo en estaciones tan distantes como, por ejemplo, las de Caracas y Singapore. Para eso propone la organización de un sistema de comunicaciones telepáticas entre los espiritistas. « Es menester, — dice, — que en alguna parte se establezca una estación central telepática, a donde todo investigador comunique cuál es el espíritu que en ese momento tiene acaparado, y pueda preguntar si cierto y determinado espíritu a quien él se propone recuestar, no se encuentra por acaso recuestado en otra parte, y en fin, a donde pueda hacer saber que el espíritu a quien él tenía recuestado, ha quedado en libertad de serlo por tercera persona. Propongo, — dice también, — que esa estación quede establecida en las azoteas de la Universidad de Caracas ».

Dijimos que el señor Venezuela no admite la ubicuidad de los espíritus. Para que ella fuese posible, fuera menester, por ejemplo, que el espíritu invocado estuviese difundido por todo el universo, o por lo menos, y por lo que a nosotros concierne, que lo estuviese en toda la región correspondiente a la Tierra, y que de grado o por fuerza siguiese al astro en su revolución en torno del Sol. Pero un espíritu, siendo una individualidad, una conciencia, no es infinito, sino, al contrario, extremadamente finito. No extremadamente, diríamos nosotros, pero sin duda finito en grado positivo. Por lo tanto, si se encontrase difundido en una extensión tan grande, la substancia espiritual se encontraría en tan extremo estado de enrarecimiento, que pudiendo existir como substancia, no podría existir como individuo. Y sería imposible recuestar lo que no existe, no ya al mismo tiempo en dos lugares antípodas,

sino que ni siquiera en uno solo. « Los espíritus, — dice el profesor Venezuela, — son limitadamente difusibles. Su difusibilidad se circunscribe a lo compatible con la existencia de su individualidad. So pena de dejar de ser. Pues no hay que confundir el individuo con la substancia. Yo estaría por no admitir la difusibilidad, sino tan sólo la elasticidad de los espíritus », — añade aún.

« Téngase presente, — continúa el profesor Venezuela, — que no existe uno solo, sino miles de millones, billones, trillones, miríades de espíritus. Supongámoslos igualmente difundidos, que es lo que habría que suponer, en un espacio cualquiera, limitado o ilimitado. Sólo podrían estarlo mediante una íntima compenetración, formando una mezcla perfecta, quizá un compuesto espiritual. Formarían por lo menos una red inextricable, donde las conciencias, colocándonos en el mejor de los casos, estuviesen aturdidas y recíprocamente interceptadas. Sólo mediante muy delicadas, laboriosas, lentas y difíciles operaciones, pudiera un espíritu ser extraído o desprenderse él mismo de la caótica maraña, y para esto fuera condición que se concentrase en lugar determinado, hecho incompatible con el de la ubicuidad.

La ubicuidad también pudiera ser permitida por la segmentabilidad, si ésta fuese, si ésta pudiese ser, una propiedad de los espíritus. Pudiendo un espíritu dividirse en dos, tres o más partes, podría a un mismo tiempo acudir a dos, tres o más lugares. Desde luego, la segmentabilidad tendría límites más estrechos que la difusibilidad. Pero si los espíritus pudieran segmentarse, ¿qué habría pasado? ¿Se habrían reproducido? Reproducido en la forma más elemental de las células, al estilo de los leucocitos. En tal caso, el espíritu originario habría desaparecido, para dar lugar a dos, tres o más espíritus, ninguno de los cuales, por fuerza, podría ser la individualidad desaparecida, sino tan sólo descendencia de su linaje. Por otra parte, no puede concebirse la reproducción sin la nutrición, y si en el orden espiritual mediase una y otra cosa, los espíritus tendrían una existencia independiente, formarían una especie particular de seres, tal vez numerosas especies, desarrollándose con independencia de nosotros, y nos serían tan extraños, como los terrestres (y acuáticos, añade entre paréntesis), y sólo podrían vivir en nosotros a título de parásitos, sin formar parte de nosotros mismos, de nuestra personalidad, sin tener de nosotros, sus huéspedes, sino una noticia incompleta e imperfecta. Esto sería sólo compatible con una noción grosera y

supersticiosa de los espíritus, que no es la nuestra, la de los espiritistas. Esos espíritus no serían más que los dioses y los demonios, los seres sobrenaturales cualesquiera, distintos de nosotros, capaces de introducirse en nuestro cuerpo y de hacernos víctima de hondas perturbaciones nerviosas, pero capaces también de ser expulsados por medio de energéticos exorcismos. Mientras que aquellos otros son los espíritus de nosotros mismos, nuestra última o penúltima esencia, inmortal y sublime.

Y si los espíritus, no siendo segmentables al estilo de los leucocitos, fuesen fragmentables, pulverizables, divisibles al estilo de la materia inorgánica, bruta, es decir, de la materia ignorante (obsérvese que ignorancia es anagrama de inorgánica), cada espíritu no sería más que una porción de substancia espiritual, él mismo no sería más que un fragmento de otro mayor, él mismo carecería de individualidad. « ¡No! — exclama el profesor Venezuela. — ¡Rechacemos la idea de la ubicuidad de los espíritus! Existe la ubicuidad, no me cabe duda, puesto que lo dice Gomensoro. Pero no existe la ubicuidad. Y la primera no es don ni facultad de los espíritus, sino tan sólo de ciertos y determinados seres biológicos de la República Argentina, el Homo ibicuyensis Gomensori ».

Las teorías del profesor Venezuela parecerán mejor a unos y parecerán peor a otros, y otros habrá a quienes no les parezca nada. Es la suerte de todas las teorías. Pero el profesor Venezuela relata hechos de los cuales resulta que los espíritus no son ubicuos. Nos limitaremos a uno solo, al que nos parece más notable, para no prolongar esta crónica. Era el 14 de julio de 1916, aniversario de la Revolución Francesa, a las 8 horas 45 minutos pasado meridiano. Estaban reunidos el profesor Venezuela, el profesor Martín Pérez Villadiego, de la Universidad de Maracaibo, el profesor Emerenciano Comechingones, de la Universidad de Tegucigalpa y otros 49 profesores, de 47 universidades, cuya nómina haremos pública en caso necesario. Fué convocado, naturalmente, el espíritu de Napoleón I. Pronto se sintió la presencia de un espíritu.

— Espíritu, ¿quién sois? — le preguntaron. — ¡Hablad!

— Soy Luis Alejandro Berthier, príncipe de Wagram. Su Majestad mantiene en este momento una conferencia con el profesor Buenaventura Gomensoro, de Las Palmas Produce, y un grupo de caracterizados espiritistas del Baradero y de Campana. Me dejó encargado Su Majestad (Berthier lo pronunciaba con mayúscula), que así lo hiciese

saber a quienquiera que le llamase. Me encargó también que me pusiese en su lugar a las órdenes de los mismos.

— Id entonces a Las Palmas Produce, y decid a vuestro emperador que aquí le aguardamos en Caracas los siguientes profesores: profesor Martín Pérez Villadiego, de la Universidad de Maracaibo (y todos los demás profesores).

— Vuestras órdenes son para mí deseos, — respondió Berthier. — Voy al punto. — Y se sintió que había salido. Poco después sintióse la presencia de un espíritu.

— Espíritu, ¿quién sois? — le preguntaron. — ¡Hablad!

— Soy Luis Alejandro Berthier, príncipe de Wagram. Su Majestad se encuentra todavía estrechamente recuestado por Gomensoro y su partida. Mandad.

— Os mandamos que regreséis a vuestros lares, y que tan pronto como Su Majestad se encuentre de regreso, le digáis que aquí en Caracas le estamos aguardando los 52 profesores siguientes (y le citó los nombres), y que le mandamos e intimamos que se presente ante nosotros.

— Vuestras órdenes son para mí deseos, — respondió

Berthier — y también lo son para Su Majestad. Y se sintió que había desaparecido. Momentos más tarde se sintió la presencia de un espíritu.

— Espíritu, ¿quién sois? — le preguntaron. — ¡Hablad!

— Soy el genio vencedor en Austerlitz, soy Napoleón Bonaparte, emperador de los franceses. Disculpad si os hice aguardar. Pero ya mi fiel Berthier os habrá dicho. Me tenían recuestado allá en Las Palmas Produce. ¿Qué se os ofrece?

— Por el momento, nada grave. Nuestras investigaciones se encaminan actualmente a establecer los hechos de ubicuidad o de inubicuidad de los espíritus, y vuestra conducta en la fecha de hoy parece significar que los espíritus no sois ubicuos. ¿Tenéis algo que observar al respecto?

— Nada tengo que observar. Escribid ahí. Napoleón había asumido el tono imperativo que le era característico en vida, y sintióse que se paseaba por la habitación con la cabeza baja, las cejas fruncidas, la mano izquierda a la espalda, y la otra en la abertura pectoral del redingote.

— Escribid ahí: « Yo, Napoleón, declaro: Los espíritus, por lo menos los de emperadores, no son ubicuos. Dado en Caracas, etc. » Y apenas hubieron escrito, apareció debajo la firma de Napoleón.

Aunque no tenga relación con el tema de la ubicuidad, no podemos resistir el deseo de dar a conocer el siguiente caso, relatado también en la memoria del profesor Venezuela. Citado y convocado el espíritu del rey Arturo, personaje tenido por fabuloso, se sintió la presencia de algo que se manifestaba según la manera usual de los espíritus. Interrogado acerca de quién era, respondió con esta sola palabra:

— Nadie.

— ¿No eres el espíritu del rey Arturo?

El o lo interrogado respondió lacónicamente:

— No existo.

— Y entonces, ¿cómo es que hablas?

— Ni yo mismo lo entiendo.

¿Tratábase del espíritu de un loco, o existen espíritus que no existen, de hombres que no existieron?

ENRIQUE M. RUAS.

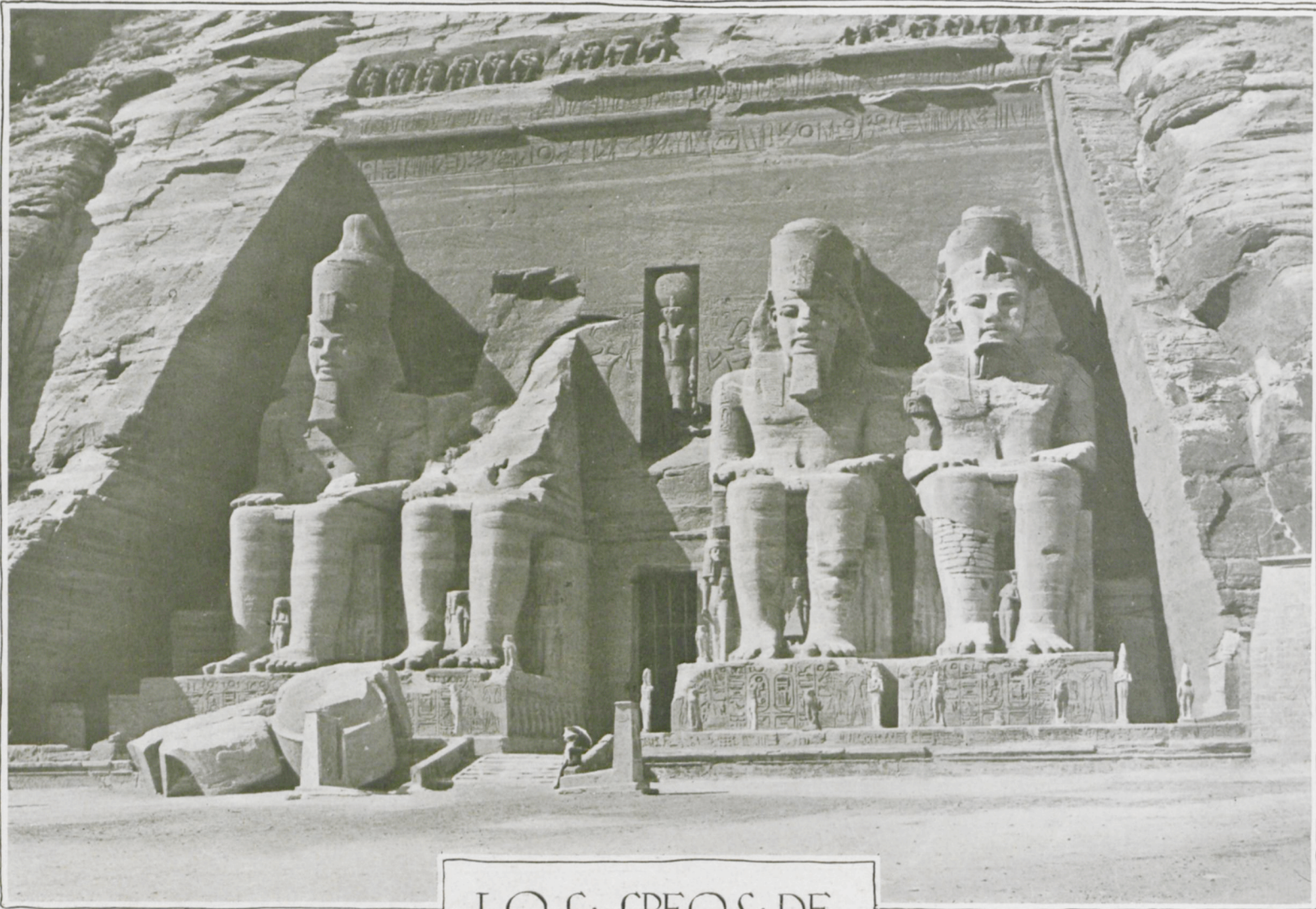
DIBUJO DE ALONSO.

P. S. — Todo error espiritista o científico, y aun gramatical, que pueda advertirse en esta crónica, va por cuenta del profesor Ciriaco Venezuela. El asume toda la responsabilidad, y a él deben ir dirigidas las reclamaciones. — E. M. R.



CRÓNICA CIENTÍFICA

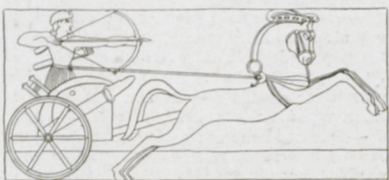
La Ubicuidad de los espíritus.



LOS SPEOS DE ABU-SIMBEL

FRENTE DEL TEMPLO DE ABU-SIMBEL.

LAS ESTATUAS DE LA FACHADA TIENEN 20 MET. DE ALTURA.



En la Baja Nubia, a 1.200 kilómetros de la desembocadura del Nilo, sobre la margen izquierda del río, se hallan situados los Speos o Templos-cavernas de Abu-Simbel. Son dos, el grande y el pequeño, tallados ambos en la piedra arenisca que forma una cadena de colinas, límite del desierto líbico.

El gran templo fué dedicado a Amon-rà de Tebas, a Re-Arakté de Heliopolis, a Ptah de Memphis y a su propio constructor Ramsés II, deificado. La trinidad divina y su augusto acompañante están representados en el santuario por sus cuatro estatuas sentadas, con la seriedad de escolares juiciosos, en un largo banco.

Lo más notable del templo es su fachada, en la que se encuentran cuatro colosales estatuas del rey Ramsés, de 20 metros de alto, y que desde sus asientos han visto ya más de dos millones de veces salir el sol de Arabia.

Las estatuas están en excelente estado de conservación, salvo una que debió caer poco tiempo después de su construcción, debido a una falla de la roca. Ha perdido la cabeza y la parte superior del cuerpo, que yacen fragmentados a sus pies. Otras han dado señales de ruina y desde la antigüedad han sido reparadas con muros de sostenimiento, lo que ha detenido el peligro de fragmentación y caída.

Encima de los colosos y como friso del frente, corre una cornisa formada por cinocéfalos adorando al sol en la actitud ritual de las religiones orientales. Todo el frente forma un conjunto grandioso y único en el que armonizan de tal modo las proporciones que, para apreciar su desmesurado tamaño, se necesita referirlo a alguna dimensión familiar, a una figura humana, por ejemplo.

Como todo monumento de Egipto, está abundantemente adornado de inscripciones jeroglíficas y de estatuas menores que representan personajes de la familia real o dioses de menor cuantía.

A los lados de la puerta de entrada se hallan unos bajo relieves que representan las distintas razas vencidas por Ramsés; los prisioneros, con los brazos ligados a la espalda y unidos entre sí por cuerdas, esperan el momento en que el rey venga a decapitarlos o a inferirles mutilaciones peores que la muerte, según nos enseñan otras piedras grabadas.

Entre las estatuas del medio se halla la entrada a la caverna cuyas salas sucesivas forman el interior del templo, orientado exactamente de este a oeste, de manera que el sol del trópico, al nacer, ilumina las estatuas de los dioses y del rey en la parte más lejana, en el santuario.



GALERÍA DE ESTATUAS EN EL INTERIOR DEL TEMPLO.



ESTATUAS COLOSALES DE LA GALERÍA.



Varias son las salas y dependencias del templo, pero la que es verdaderamente notable es la primera, cuyo techo está sostenido por ocho pilares con otras tantas estatuas colosales del rey, bajo el aspecto de Osiris. Cada estatua es de 10 metros de alto y conserva alguna los rasgos intactos del Faraón. Esta parte del templo produce una impresión intensa de quietud y grandeza, imposible de describir.

Aun libre de las creencias religiosas de la raza egipcia, el visitante comprende todo el poder avasallador que el enorme monumento produciría en el espíritu de las castas, a las cuales el Faraón, con la ayuda del sacerdocio y de los guerreros, logró dominar tiránicamente. Aquel edificio sobrecoge el ánimo más sereno.

El conjunto todo del gran templo es digno de figurar al par de las Pirámides y la Esfinge entre las mayores maravillas de Egipto, siendo sin embargo poco visitado por los turistas, dada la distancia a que se encuentra y la falta de vía férrea entre la primera y la segunda catarata del Nilo.

A poca distancia al norte del gran templo se halla el otro, tallado en una colina semejante y dedicado por el mismo Ramsés a la diosa Hator y a su propia esposa deificada.

La fachada imita un pilón de los otros templos egipcios y está formada por seis colosos del rey y de la reina. La parte superior ha caído por fracturas de



PARTE INFERIOR DE LAS ESTATUAS, DE CUYAS DIMENSIONES DA IDEA LA FIGURA QUE SE ENCUENTRA EN LA BASE.

la roca. Su interior es curioso y elegante, pero a todo quita importancia la vecindad del otro templo, que absorbe la atención del visitante con su colosal superioridad.

Estos monumentos, cuya grandeza nos asombra por su fábrica, también ejercen poderosa sugestión por su significado. Sus colosos, sus estatuas, sus jeroglíficos, nos cuentan detalladamente una etapa de la humanidad en una de sus épocas de mayor esplendor, y después de varios milenios sabemos exactamente sus creencias, sus costumbres y sus ideas. Y de todo esto, el menos observador puede deducir que en tan largo período el fondo humano no ha cambiado. Creíamos haber progresado ideológicamente y nos encontramos con la misma intimidad de los poderosos con la Divinidad. Poca diferencia existe entre Faraón sentado entre los dioses y estos ahora convertidos en ayudantes de los déspotas y las filas de prisioneros que van al sacrificio en los frisos de Abu-Simbel seguramente eran llevados invocando la kultura de Ramsés.

Y algún orgullo o megalomanía que ha sumido al mundo en la ruina no es sino la reedición de otros orgullos que también se alzaron sobre ruinas. Ramsés está representado en Abu-Simbel, cansado quizás de la intimidad divina, haciendo ofrenda a su propia imagen.

JOSÉ B. LLANOS.



FACHADA DEL PEQUEÑO TEMPLO DE ABU-SIMBEL.

DESDE ITALIA

LOS PINTORES DE LA GUERRA



ARISTIDE SARTORIO



INFANTERÍA AL ASALTO.



UNA TRINCHERA EN EL CARSO.



ARRASTRE DE UN CAÑÓN

DE GRUESO CALIBRE.



TUMBAS EN UNA COLINA DEL CARSO.

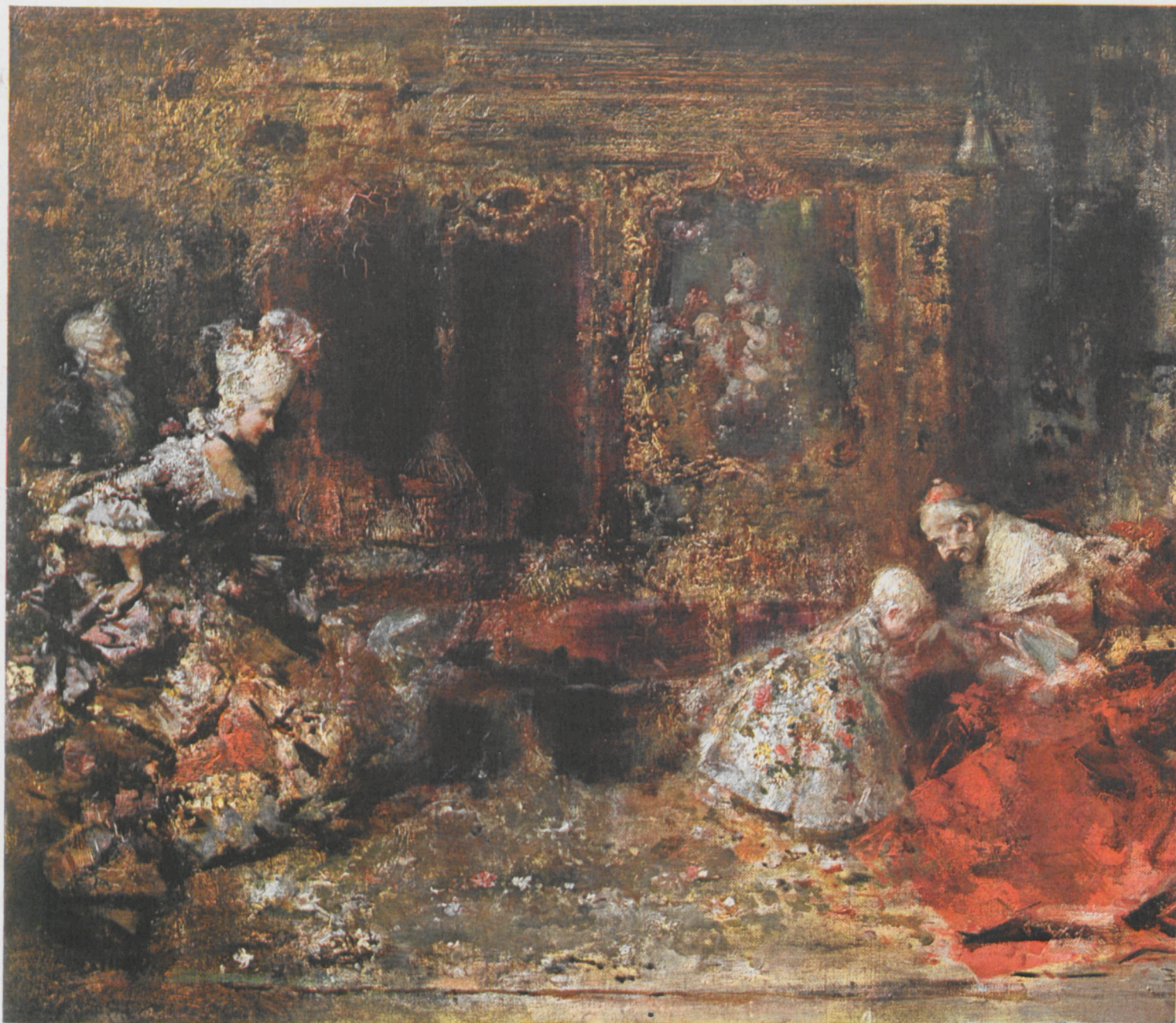
Italia, como en los tiempos pretéritos del Renacimiento, tiene hoy día hombres que la hacen honor en las artes y en las letras; tal ocurre con D'Annunzio, poeta y héroe, a quien le es dado emprender un vuelo sobre Pola, y luego, en alas de la inspiración, escribir un intenso poema sobre el raid realizado; a Aristides Sartorio que, soldado de la causa de su patria, se bate con bravura y cae prisionero de los austriacos, y ni aún en tan acerbos momentos desfallece su espíritu artístico, y crea obras magistrales, como podrá juzgarse por la publicación que hacemos de ellas.

Sartorio es uno de esos artistas geniales a quien la pintura moderna debe días de gloria; sus frisos para el salón del parlamento italiano pusieron de relieve toda la potencia de su arte como dibujante y colorista. Tal obra, que es de vastísimas proporciones, y quizá la más importante de la época presente, por su cantidad y calidad, — ciento diez

metros de largo por cuatro de ancho, — obtuvo el beneplácito de la crítica, y fué considerada por sus compañeros como obra maestra.

Hoy, el eximio pintor, según nos acaba de comunicar el telégrafo, ha celebrado una exposición de sus obras en Roma, inaugurándola el Duque de Génova, y a la que ha concurrido lo más representativo de la sociedad romana, queriendo rendir así un homenaje al artista y al héroe.

En la exposición actual, grandiosa por sus proporciones y por el mérito de los trabajos, ha reunido el autor algunas escenas de la guerra trágica, donde su genio ha encontrado asunto para realizar varias obras maestras. Cuanto de horrendo tiene la catástrofe que hoy pesa sobre el mundo, ha encontrado colores en la paleta del maestro. Sus cuadros, por el alma que en ellos ha puesto, serán el mejor documento que el arte italiano podrá legar a las generaciones futuras.



PROPIEDAD DEL SEÑOR NICANOR R. NEWTON.

VISITA AL CARDENAL
ÓLEO DE SÁNCHEZ BARBUDO.



LA "TOILETTE" EN LA ANTIGÜEDAD



JARRA DE LAVATORIO, DECORADA CON PERSONAJES MITOLÓGICOS. MUSEO GREGORIANO, VATICANO, ROMA.



ARQUILLA DE MARFIL QUE SE UTILIZABA PARA GUARDAR JOYAS, PERFUMES Y PAPELES ÍNTIMOS. MUSEO KIRKERIANO, ROMA.



BOTONES DE BRONCE ORNADOS CON FIGURAS. MUSEO DE CORNETO.

Elegantísimas señoras, al pasar a nuestro lado, impregnan la atmósfera de perfumes. Esto ha sugerido algunas reflexiones a una dama perspicaz, que se ha dedicado por entero a las obras filantrópicas y, en especial, a la asistencia de los soldados heridos. Entre otras cosas, la precitada dama ha manifestado con profunda tristeza: «He aquí como, después de tantos siglos, hombres y mujeres siguen siendo substancialmente lo mismo. Cambian

las apariencias, las formas, pero la osamenta es igual. Perduran los mismos defectos. Por ejemplo, la vanidad femenina es tan vieja como el mundo, y no fué ajena tampoco a las desmedidas tragedias de la guerra.

Ciertos hábitos que se adquieren cuando juventudes perduran hasta la edad madura, y sucede a menudo que, aun en los hospitales, se advierte la presencia de damas perfumadas que se aproximan a los lechos de los enfermos o heridos.»

Por mi parte he tratado de indagar un poco para persuadirme de que el uso de los perfumes es efectivamente antiguo. Y es así realmente.

Introducida por los fenicios, la moda de los perfumes pasó a Grecia, donde en los más remotos tiempos se tenía en gran estima la ambrosía, una especie de ungüento perfumado, al cual se le atribuían cualidades milagrosas para conservar y purificar.

La mitología griega creó maravillosos relatos, cuyo tema eran los perfumes. Así Venus regaló al piloto Faone — en señal de reconocimiento por

haberla transportado de Lesbos al continente — un vaso de mirra, capaz de conceder y mantener una belleza eterna. Hoy los avisos de *réclame* de los diarios ensalzan precisamente las virtudes milagrosas de cosméticos con los que se obtienen efectos maravillosos, aun cuando no hayan sido preparados por la diosa Venus y por lo cual muchos susurran que, por lo general, más que mantener eterna belleza, marchitan la piel antes de tiempo...

De Grecia, el uso de los perfumes pasó a Roma, donde hallaron una gran aceptación, a tal punto de hacer la competencia a los mismos países orientales; los escritores satíricos no en balde tuvieron palabras mordaces y punzantes contra los afeminados *quirites*, que evidentemente dejaban al pasar un olor emanado de sus personas, el cual se prolongaba por algunos minutos.

Aun cuando estuviere profundamente arraigado el uso de los perfumes en Roma, se ha comprobado el hecho que, ni el Cristianismo tuvo influencia suficiente para refrenarlo; al contrario, lo introdujo en las mismas ceremonias del culto; y Plinio deploraba que el imperio romano se empobreciera cada año, en cien millones de sestercios, en provecho de la Arabia, de la India y de la China, únicamente por la importación de las esencias.

Pero donde verdaderamente se usaban los perfumes con profusión, era en las termas y en las peluquerías, siendo denominados *tonsos* los encargados de éstas.

Después del baño se procedía normalmente al masaje y, para facilitar y hacer más provechosa tal operación, se empleaban aceites aromáticos y ungüentos perfumados.

No es ciertamente exagerado creer que la tienda de un barbero, como el gabinete de un

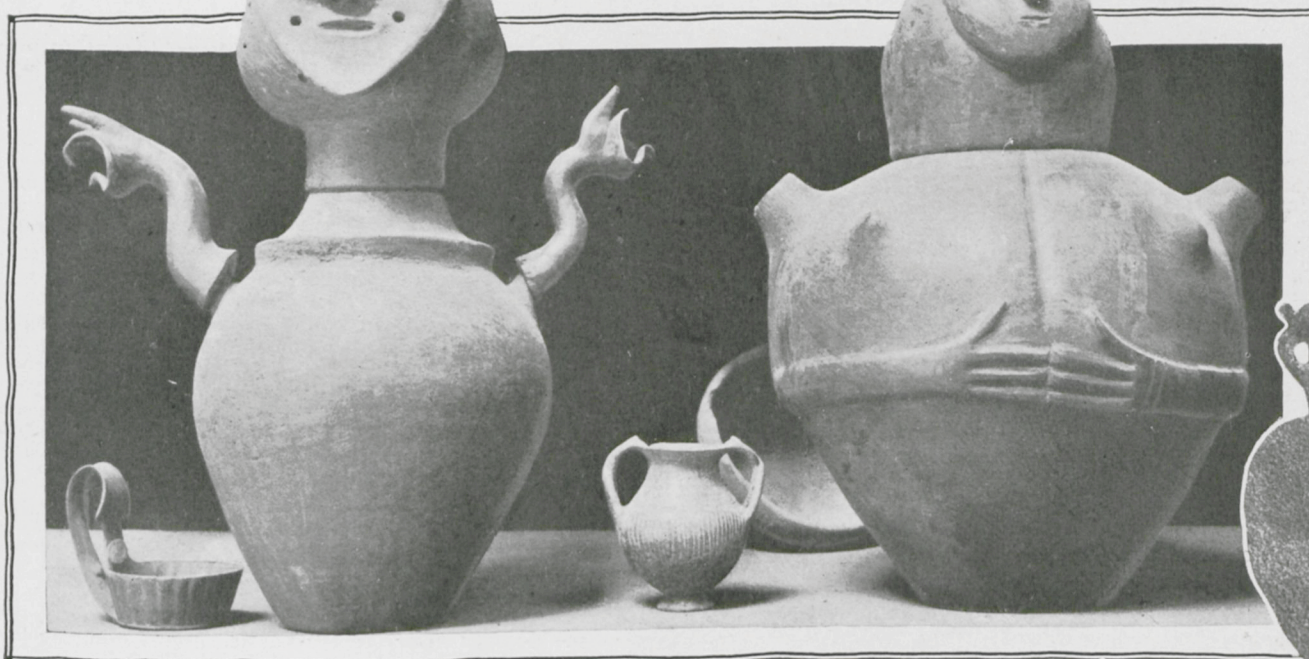


RECIPIENTE ANTIGUO PARA CONSERVAR UNGÜENTOS.



RECIPIENTES CANÓPICOS DE METAL, DONDE SE PONÍA AGUA DEL NILO, PERFUMADA, CON LA CUAL SE BAÑABAN LOS EGIPCOS. CANOPUS ERA EL DIOS DE LAS AGUAS Y SE LE REPRESENTABA EN FORMA DE JARRÓN CON UNA CABEZA, DE HOMBRE O DE ANIMAL, EN LA PARTE SUPERIOR. MUSEO DE CHIUSI.





CURIOSOS VASITOS PARA PERFUMES.

NAVAJAS DE AFEITAR DE VARIAS FORMAS. MUSEO DE CORNETOTARPUINIA.

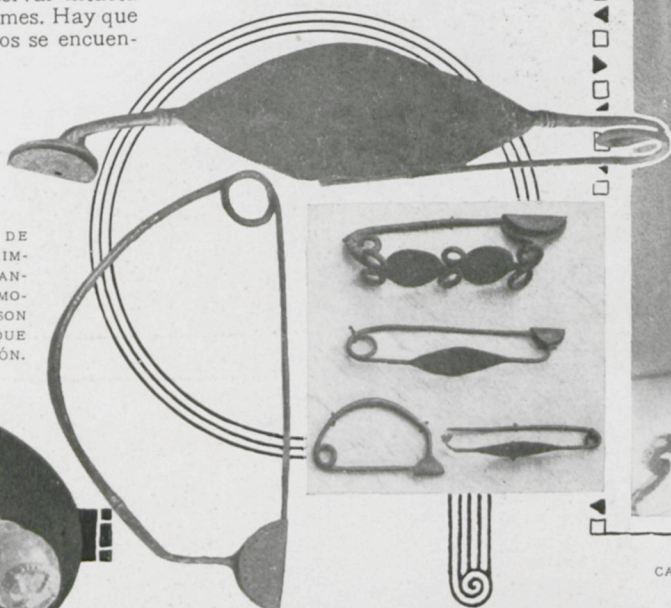


masajista — bien se entiende aquellos que tenían una clientela capaz de gastar tranquilamente algunos miles de sestercios únicamente en cosas superfluas — debían ser un verdadero y precioso museo, sea por los ungüentos aromáticos y esencias raras, sea por los recipientes en los cuales eran conservados.

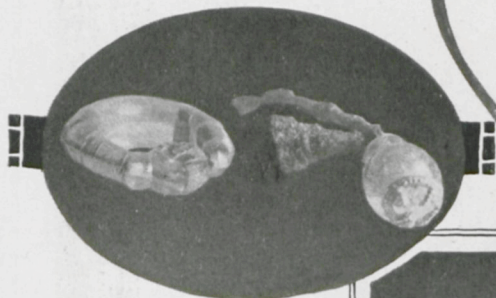
Se escogía el alabastro y también el ónix oriental para confeccionar los pequeños vasos para la perfumería, porque los antiguos atribuían a ellos una frescura constante y lo creían particularmente adecuado para conservar intacta la fragancia de los más delicados perfumes. Hay que decir sin embargo, que de esos vasitos se encuentran también de otras materias, tales como el vidrio, la arcilla pintada, la plata y el oro.

También el uso de estos vasos de formas variadísimas y con las más hermosas decoraciones, es muy antiguo, y Herodoto es el primero en recordar a los vasos de alabastro, que se encuentran entre los regalos que Cambises, rey de Persia, envió al rey de Etiopía.

ALFILERES DE GANCHO O «IMPERDIBLES» ANTIGUOS. LOS MODERNOS NO SON OTRA COSA QUE UNA IMITACIÓN.



CANDELABROS ETRUSCOS, DE BRONCE. MUSEO DE CORNETO.



ANILLOS DE CRISTAL E HILO DE ORO. MUSEO DE CORNETO.

De las figuras dibujadas sobre algunos vasos, podemos también deducir como eran estos pequeños recipientes, que se tenían y conservaban en cajitas adecuadas que nos recuerdan, por el gran parecido, las que se usan actualmente, y que están revestidas de seda, de cuero o de terciopelo, que contienen todo lo necesario para la *toilette*.

Uno de nuestros grabados reproduce una de esas cajas antiguas, que debe haber sido ciertamente una de las que destinaban para contener los vasitos de perfumes y los objetos de tocador.

RAFAEL SIMBOLI.

Roma, 1918.



SOPORTES PARA RECIPIENTES DE DIVERSAS FORMAS. MUSEO PREHISTÓRICO NACIONAL, ROMA.

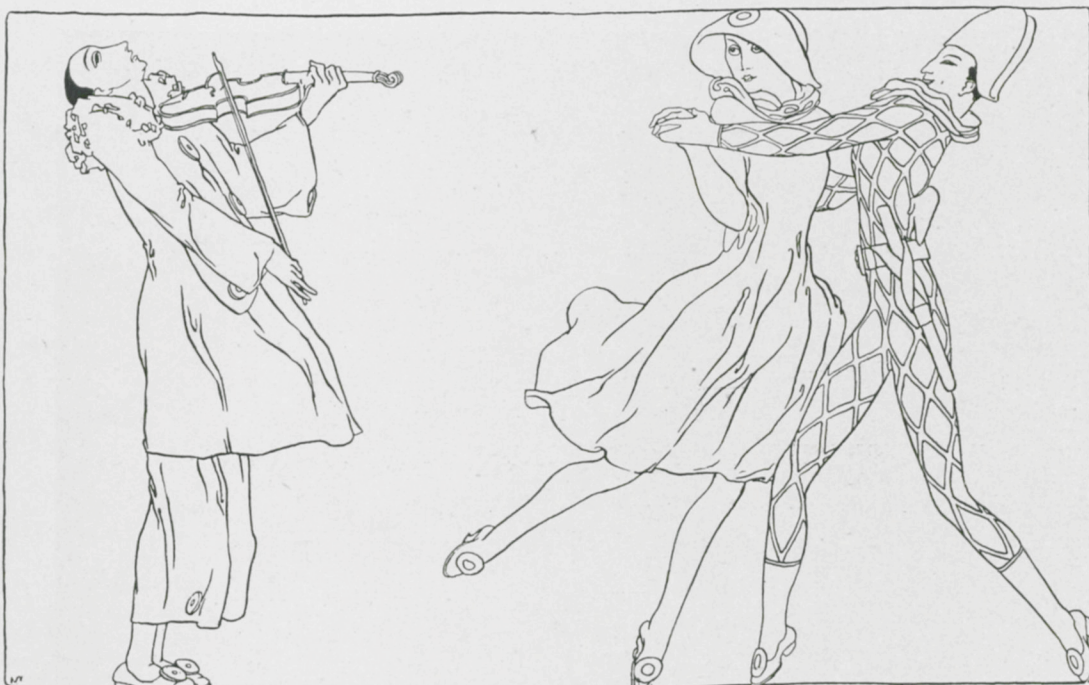


ARTE MODERNO

ÓLEO DE ZULOAGA

PROPIEDAD DEL SEÑOR ALEJO GONZÁLEZ GARAÑO.





Páginas femeninas

"Il est plus de masques au monde,
Que de visages decouverts..."

LENOBLE.

Carnaval... Una vez más surges del pasado, y cruzas en medio de nosotros, como pálido reflejo de las costumbres paganas, vestigio suyo que hundió tan hondas raíces en la historia de la humanidad... Y una vez más has de cubrir tu rostro con el manto suntuosamente recamado, y volver medroso las espaldas al horrendo drama del Viejo Mundo, que acató durante siglos tu soberanía; porque la tradición nos enseña que supiste sobrevivir a todas las revoluciones, y que sólo lograron apagar muy débilmente tu bullicio y oropeles, la severidad de la Reforma y la guerra de los Treinta Años...

La tragedia indescriptible, repudia hoy los carnavalescos tamboriles del Rey del Placer, desterrado de aquel ambiente en el que resonaron con locas, cristalinas vibraciones, al imperioso signo de su cetro, los áureos cascabeles! Roma, París, Venecia, Nápoles... visiones de locura, de intrigas, de elegante discreto, que inspiraron en otras épocas, a las glorias de la pintura; que cantaron Byron y Goethe, entusiastas fervientes de la clásica farándula latina... También entre nosotros, marcó tu brillante reinado una de las épocas más interesantes de nuestra breve actuación social; pero sufriste tú también, la ineludible evolución de nuestro ambiente... Las viejas casas coloniales de Cosmópolis, se han cerrado ahora a las alegres mascaradas que sorprendían a aquellas patricias que dieron la norma de aristocrática elegancia en la vieja y reducida aldea; más tarde, culminaron los tradicionales corsos de Florida, en brillante torneo de cultura y distinción... Ahora nos llegas displicente, fatigado, y recién nos damos cuenta que perdura aún (a pesar de todas las vicisitudes que atraviesa la humanidad) la mágica sugestión de tus opacos oropeles, del apagado retintín de tus cascabeles... y en pos de ellos, corre la farándula, ávida de alegría y de placeres, tratando de revivir viejas añoranzas, o deseosa de vivir plenamente sus horas juveniles: corre la farándula, hacia el último refugio del viejo y desterrado soberano... ¡hacia el Tigre! ¡a Mar del Plata!

Y esa continua peregrinación en busca de intensas, pero efímeras alegrías, es una prueba más para mí, de ese feroz *egoísmo colectivo* que ahuyenta continuamente de nuestro espíritu la visión de la mundial tragedia, y hasta los siniestros presagios de un incierto porvenir...

Para muchos de los tristes que vegetan dolorosamente en nuestro pequeño mundo, suena a gloria, sin embargo, ese apagado re-

tintín de los escasos cascabeles que conserva en su cetro el soberano Carnaval; para ellos significa ese tenue rumor un trabajo asegurado, porque el viejo y decaído soberano exige que reviva todavía aunque sea por breves horas, el fausto y esplendor que le rodeara en mejores días... Hierne encajes y brocados, va y viene sin descanso, la aguja de la obrera; dedos ágiles y menudos han duplicado sus actividades, combinando sedas y oropeles, rizando airosas plumas, penachos altaneros; mientras que acariciaba más de una de esas humildes, pero tam-

bién coquetas cabecitas, la riente visión de formar parte de la eterna mascarada: un corpiño de aldeana, un tocado de zingara, dos o tres sargas de cuentas de colores, habrán de engalanar a su vez a la que pudo procurarse una tregua en su misera existencia, porque vino Carnaval, trayéndole recargo de tareas, pero también su hora de ilusión... Y en merced a esa hora de ilusión, supremo bien para grandes y pequeños, dejemos pasar al soberano desterrado, y dejemos hacer al *egoísmo colectivo*, que si no se deja conmovir por la ajena desventura, pro-

porciona inconscientemente, eso sí, horas de alivio y de dulzura...

Pocas horas más, y generalmente se esfuma esa ilusión... se desvanecen los mirajes de nuestra loca fantasía; sólo la experiencia adquirida nos enseña que suelen ser lances de Carnaval los azares de nuestra vida, porque «el mundo todo es máscara; todo el año es Carnaval» (1). Pero grandes y pequeños no resistimos al anhelo de ocultar alguna vez el rostro, bajo la misteriosa máscara que disimula la indiscreta expresión de nuestra sonrisa, fugaz y revelador destello de nuestro sentir... porque la máscara adoptada por las coquetas del día, es la misma que heredaron de las misteriosas «tapadas» de antaño, enigmas vivientes, cuando gracias al lúgubre, pero sugestivo antifaz, anudaban intrigas de amor, o cual inaccesibles esfinges, desdeñaban a sus rendidos galanes... luego, y siempre por su causa, se concertaban al abrigo de obscura y tortuosa calleja, siniestros planes de venganza, inspirados por los celos, o por amargos y homicidas rencores...

Muy lejos estamos ya de tan románticas aventuras; y si no temiera que se me acusara de amargo escepticismo, aseguraría que en ciertos círculos es lo corriente festejar hoy Carnaval, sin variar ni un ápice de la acostumbrada vida: bailando, cenando, mintiendo, con una sola diferencia: la del atavío... o se luce suntuoso disfraz, o se sigue la farándula, vistiendo de mamarracho...

Y así circula el enjambre de abigarradas máscaras, que buscan siempre «algo» sin hallarlo jamás... Mudas o parlanchinas, vagan errantes, no sé si por huir de sí mismas, o por creerse felices durante la tregua que les forja este soberano vencido casi, por la adversidad... ¿Qué recuerdos nos deja en este año del Señor? Una rápida visión de luz y de color, una radiante evocación de las escenas immortalizadas por Goya, y que son toda la España de su época, arrogante, sugestiva, graciosa y señorial; peinetones, mantillas y madroños, aristocráticas majas, airosas chulas, formaron el brillante cortejo, a cuyo paso se disiparon muchas hondas preocupaciones...

Desvanecidos ya los oropeles vistosos, apagado por completo el tenue rumor de áureos cascabeles, surge en mi espíritu el recuerdo de otro Carnaval porteño, uno de nuestros vulgares, recientes carnavales, cuando bulle y se apiña en nuestra gran Avenida, abigarrada muchedumbre, y se cruzan entre fiacres y peatones, las torpes agudezas del repertorio callejero...

LA DAMA DUENDE.

(1) Fíguro.



PARA PLVS VLTRA.

Regardez-les ces yeux si doux,
Qui se sont éivrés de vous;

Ils ont la couleur des opales
Pris entre deux frêles pétales!

Leur regard, on dirait parfois
Des reproches émus, sans voix...

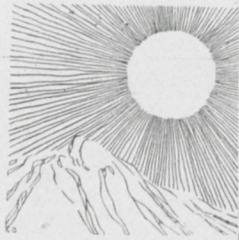
Et l'on tâche en vain, de comprendre
Car le regard s'éteint si tendre...

Un peu de lui flotte au hasard:
C'est que dans l'âme il est très tard...

Regardez-les, ces yeux qui pleurent
Qui pleurent avant qu'ils n'en meurent!

LAURA HOLMBERG DE BRACHT.

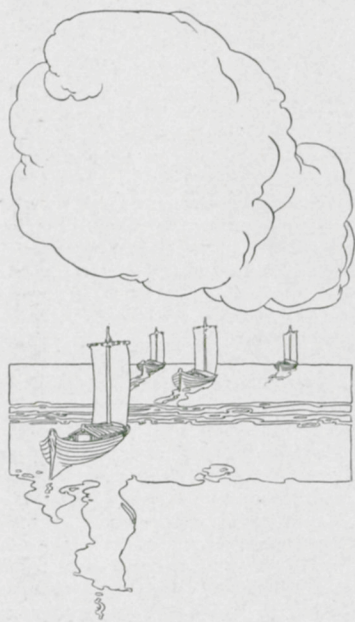
Enero de 1918.



A los pies del Cristo Redentor, que bendice desde la cumbre la paz eterna de dos patrias hermanas, celebróse, el 17 de enero próximo pasado, el santo sacrificio de la misa. Ofició el R.



P. Juan Terracciano, misionero de la benemérita Congregación de los Sagrados Corazones, ayudando el doctor Manuel Moyano, ex ministro de Obras Públicas.



Noche serena

El corazón se recoge y calla para no dispersar su emoción, y fervoroso escucha su hondo palpitar.

[Silencio] la noche es suave y misteriosa; la que preside a los abismos se levanta solitaria y enseña al mundo su menguante belleza, tocando a veces con su frente adormecida la negrura intensa de los árboles; el lago enmudece bajo la mirada de estrellas que llegan hasta su cristal inmóvil; entre las sombras del bosque brillan aquí y allá focos esparcidos cual luminosas pupilas.

Es un inmenso país encantado que invita a compartir sus sueños. La paz envuelve el cielo, los árboles, el lago y las almas, como si un último soplo hubiera apagado la luz de las conciencias; hay como átomos de ternura que estremecen los seres y las cosas en esta noche serena y cuenta al alma secretos poemas huídos de la agitación de la vida. Leo en lo infinito y comprendo el divino silencio que hace a un lado toda inútil palabra; el corazón escucha el canto de las cosas eternas. Y se funde en su éxtasis como en el éter el azul incienso.

Sobre el lago resbalan calladas unas barcas, las horas las llevan y las separan más pronto que se extingue el rumor de sus remos; al pasar las miro, contemplo sus siluetas y preludio un adiós. ¿A dónde irán? ¿Volverán a encontrarse algún día los seres que van en las barcas? Sí; cuando lleguemos al puerto a donde todos vamos: la eternidad...

¡Oh corazón mío, sincero creyente de tu fe, alentado por la esperanza única, no cambies de cielo ni de ensueños y sé como el claro barco del lago, que se desliza feliz en un beso de luna.

ROSA BAZÁN DE CÁMARA.

Buenos Aires, enero de 1918.

La caridad entre nosotros es tenida muy en honra. La mujer argentina se ha dedicado siempre con notable celo al alivio de todos los dolores; la variedad de sus instituciones caritativas hablan bien de su corazón. Podría decirse que en cuestión de limosna dejan poco que inventar, sólo hay que desearles mayor prosperidad, mayor acción.

Sin embargo, vemos que no bastan; la miseria aumenta día a día. El desarrollo del industrialismo lleva a la mujer y al niño a las fábricas, destruyendo su salud y desorganizando la familia. La implacable competencia entre los diversos patrones prolonga las jornadas y baja los salarios. Por eso, la limosna se siente incapaz de sostener a tanto desgraciado; por eso el odio del pobre al rico crece por momentos y se cierne en sombríos nubarrones sobre la sociedad.

Mirar esta situación con indiferencia, o evitar el mirarla, diciéndonos que no tenemos la culpa del actual estado de cosas, sería singular cobardía. Obrando así, nos mostraríamos indignos de nuestras abuelas; ellas hicieron siempre lo que el momento exigía, las Patriotas cosiendo para los soldados, curando a los heridos, entregando sus alhajas y dinero; las primeras Damas de Beneficencia tomando a su cargo, durante la laboriosa organización nacional, el velar por los huérfanos y por la instrucción de los niños pobres; cada generación dió un paso hacia adelante. Nuestro país ha evolucionado vertiginosamente; no es, pues, extraño que nos encontremos nosotras en presencia de deberes nuevos.

Ha llegado la hora de que todas las conciencias argentinas mediten sobre esta verdad: vale más prevenir que curar. Hace cincuenta años, bastaba tal vez levantar a los caídos, que no eran demasiado numerosos; hoy, urge sostenerlos antes de que caigan...

Afirmar que hay que ir a la verdad con toda el alma, que no la alcanzan las solas indagaciones del pensamiento... lo mismo podríamos decir: *Hay que ir al bien con toda el alma*; no es suficiente la inclinación del corazón, sin la inteligencia que estudia los medios de ser más útil, sin la voluntad que realiza el esfuerzo, los mejores sentimientos resultan estériles. La esencia de la caridad, que es el amor, no cambia, pero sus manifestaciones varían con las circunstancias. Por eso vemos a veces emprender obras extrañas, cuya novedad inspira más críticas que simpatías... es que, como dijo un pensador profundo, nada hay más revolucionario que el amor...

Este amor, que es caridad y que es justicia (en el fondo, todo es uno), ha creado en muchos países Ligas Sociales de Compradores, Sindicatos de Empleadas y de Obreras (1), Cooperativas de producción y de consumo, Escuelas de Economía Doméstica, Sociedades mutualistas, Leyes de protección al trabajo de mujeres y niños, y mil cosas por el estilo. Todo eso difiere esencialmente de la

(1) Existen en Buenos Aires dos Sindicatos, ya constituidos: el Sindicato La Cruz, de Fosforeras, fundado en la parroquia de Avellaneda, y el Sindicato Católico de Empleadas, fundado por el centro Blanco de Castilla, en el local de la Liga de Protección a las Jóvenes, Pellegrini, 224. El Centro Blanco de Castilla está organizando un Sindicato de Costureras, Bordadoras etc., y un Sindicato de Telefonistas; hacer propaganda por estos Sindicatos es trabajar por el bien de la obrera.

Hacia adelante

limosna, pero es caridad de la más pura y cristiana.

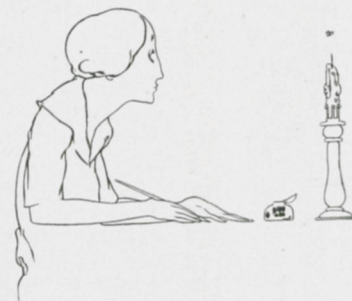
¿A qué conduce?, preguntarán mis lectoras. Pues a preservar a la mujer pobre de la explotación, de la enfermedad, de la miseria y de la desesperación; y por lo tanto a salvar a la familia y a la raza. Las Ligas de Compradores llevan al cliente a defender los justos intereses del productor, de la costurera en particular. Los Sindicatos de Empleadas y de Obreras las unen para que mejoren su situación por medios legítimos, y a menudo son cuna de numerosas obras de protección mutua. ¿Qué tenemos que ver con eso?, dicen algunos. Es el patrón quien debe tratar humanamente a la obrera... Es cierto; pero, ¿no cae también sobre la conciencia del patrón la medida exacta de la mercancía? Sin embargo, nosotros aprobamos que haya una ley de pesas y medidas, y, no satisfechas, verificamos si el patrón cumple con su deber... En fin, todo lo que he mencionado tiende a reducir la jornada de la obrera, de modo que su trabajo no resulte una horrible esclavitud; a aumentar su ganancia hasta que llegue a *salario vital*, a prepararla moral y materialmente a ser una honrada y hábil madre de familia. ¡A cuántas desgraciadas librarán del asilo, del hospital, de la cárcel esas iniciativas! ¡A cuántos niños beneficiará la acertada protección concedida a la madre!

El aumento de la previsión social disminuirá la necesidad de la asistencia social. Así, cuando su labor alimenta a la obrera, la Sociedad de San Vicente de Paul no necesitará socorrer a cientos de mujeres que hoy viven de limosna, aunque trabajen hasta extenuarse. Y cuando sea sancionado el humilde proyecto de Ley de la Silla, presentado a la Cámara de Diputados por los doctores Avellaneda y Martínez Zuviría, a pedido del Centro Blanco de Castilla, preservará de enfermedades casi inevitables hoy, a las 10.000 empleadas que actualmente permanecen de pie diez horas diarias... Es, pues, una economía de dispensarios y hospitales...

Conseguir que todo el que no es enfermo, niño o anciano, viva decentemente de su salario, ¿no es un bello ideal? Dicen que querer es poder... Y poder, ¿no será también deber? Nuestras hermanas, que sufren, nos llaman a todas, todas podemos hacer algo por la causa de la justicia; en esta lucha por el bien ninguna cooperación es despreciable, la unión de las buenas voluntades es todopoderosa, los pequeños arroyos forman los grandes ríos. Nuestras hermanas nos llaman, vamos pues a ellas y olgamos bien lo que nos dicen, y miremos bien su dolor, y busquemos sin miedo la causa y el remedio. Vamos, pues, y aprovechando la experiencia de las mujeres de otros países, pongámonos cuanto antes al trabajo. Ellas nos han demostrado que sus obras no son utopías... (1). Estudiemos en los libros lo que ellas han hecho, y acá en el terreno lo que es necesario hacer; no olvidemos que el esfuerzo, para ser eficaz, ha de ser inteligente, que *al bien, hay que ir con toda el alma*.

SOFÍA MOLINA PICO.

(1) Datos sobre la acción femenina en el extranjero, particularmente en Francia, se encuentran en la obra de Max Turmann "Iniciativas Femeninas", libro sumamente interesante y de fácil lectura, que todas debiéramos tener en nuestra mesa de luz.



¿Quieres saberlo?

Investigadora. — Eres algo más que curiosa, como aseguras en tu interesante misiva. Tu pregunta: «¿Por qué el hombre debe caer en el mal y padecer el sufrimiento para alcanzar la perfección? ¿Por qué siendo Dios poder y amor no creó al hombre perfecto librándolo así de la larga peregrinación del dolor?»

Para satisfacer tu curiosidad, o mejor dicho, el anhelo de *saber* que revela tu carta, he debido recurrir a los maestros que han logrado descifrar ciertos arcanos; es una mujer, también, la que responde hoy por mi intermedio: Aimée Blech, la admirable autora de un pequeño libro dedicado «A los que sufren...». «Dios hubiera podido, seguramente, crear el ser perfecto; no lo quiso, pues de haberlo hecho así de golpe hubiese sido crear una máquina, un autómatas; Dios dotó al hombre del libre albedrío; quiso que llegase por su propia voluntad, por sus experiencias, al conocimiento, a la conciencia de sí mismo, y por último, a la perfección; quiso que el hombre conociese el mal y el sufrimiento, que padeciese las pruebas penosas necesarias al desarrollo de su conciencia; quiso que el hombre fuese un ser libre que elevándose pudiese identificarse con todas sus flaquezas y amarguras pasadas, a fin de simpatizar con las de sus hermanos, de manera que en él brotara la flor divina de la compasión, preparándole de este modo a la misión sublime de conductor de almas. Así lo quiso Dios, no en el sentido vulgar de la palabra, sino en el sentido de la necesidad.»

Manon Roland. — Me preguntas: ¿Cuál fué el tratado diplomático que recibió el nombre de «Paz de las Damas», y que por qué motivo?

Me has obligado a hacer investigaciones históricas que me han hecho retroceder hasta las crónicas del año 1529! Pluguiera al cielo que esta vez también la historia se repitiera... Se designó bajo el nombre de «Paz de las Damas» el tratado de Cambrai, que negociaron Margarita de Austria, Regente de los Países Bajos; Eleonora de Austria, hermana de Carlos V, reina de Portugal y futura esposa de Francisco I, y Luisa de Saboya, madre de este rey.

MARÍA LEBEM.

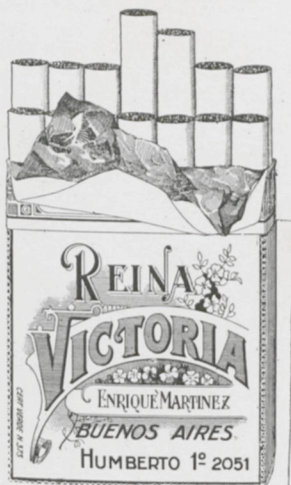


FOTOGRAFÍA
DE
VAN RIEL.



En Mar del Plata





Los fuma la gente chic

Los tabacos más finos y costosos de la Habana con que se elaboran los cigarrillos Reina Victoria, hacen que éstos sean una delicia para los fumadores entendidos.

Los cigarrillos Reina Victoria son completamente distintos de los cigarrillos ordinarios, porque el secreto de su delicadeza—la liga—es desconocido por los otros fabricantes.

La superioridad de los cigarrillos Reina Victoria resalta especialmente en la comparación. Compárelos usted con los de cualquier otra marca, sea cual fuere su precio.—Compárelos en gusto, en fragancia, elaboración o bajo cualquier punto de los que uno debe fijarse para juzgar un cigarrillo. Entonces comprenderá Vd. porque los cigarrillos Reina Victoria son considerados supremos en calidad.

Reina Victoria



LA GENTE CHIC FUMA CIGARRILLOS

Reina Victoria

UNA ESCALERA

Hay en el Palacio Nuevo de Potsdam una escalera que es la más rara de cuantas dan acceso al histórico edificio. La custodian varios amorcillos de bronce, uno de los cuales impone silencio — mientras los demás permanecen eternamente quietos, en graciosas actitudes. Emperadores, reyes, príncipes, infantes, duques, ministros, coroneles, etc., han subido y bajado por esa escalinata de mármol vigilado por los inmóviles centinelas del amor. Noticias de victorias y desastres, discreteos, pasiones, ambiciones, amarguras, todo, ha desfilado ascendiendo o descendiendo, como en tantas otras escaleras cortesanas. Las espuelas, los altos tacones deslustraban el blanco mármol que la servidumbre pulia cuidadosamente.

Pero un día la escalera dejó de serlo; el tráfigo del mundo abandonaba aquellas gradas, y desde entonces nadie puede utilizarla: es una escalera muerta, una ruina sin arruinar. Porque entre los dos primeros pilares pusieron una cadena y, colgando de los eslabones, una placa donde hay una prohibición imperiosa. Ningún hombre digno puede pisar aquellos escalones porque fué hollada por guerrero enemigo.



HISTÓRICA

Un hombre de la clase media, nacido en una isla del Mediterráneo, dueño de casi toda Europa merced a su genio temerario, inaudito, subió y bajó victorioso la ex escalera del Palacio Nuevo de Potsdam. Federico Guillermo III, derrotado por aquel coloso, dicen que ordenó la colocación de la cadena. El odio, pues, clausuró con eslabones de hierro la gradería custodiada por los amorcillos juguetones y silenciosos.

Ninguno de los emperadores, reyes y príncipes que la usaron, dejó su huella visible en los escalones. Napoleón I, emperador por derecho propio, por la fuerza de su genial cerebro, dejó la huella de su paso: una cadena.

En aquellos tiempos le temblaban los monarcas y él disponía de los odios reales para hacer y deshacer coaliciones, derribar tronos y conquistar pueblos. Sus enemigos le llamaban el Gran Malvado. Era un instrumento de una revolución que transformó el mundo.

En el Palacio Nuevo de Potsdam sólo consiguió privar de su libertad a una escalera, haciéndola inaccesible para grandes y chicos.

Manera de desprenderse de un cutis malo

(DEL "WOMAN'S REALM")

Es una tontería el intentar cubrir un color cetrino, cuando se puede hacer desaparecer el mismo, o cambiar el cutis.

El «rouge» u otras sustancias similares aplicadas a una piel morena, sólo sirven para hacer más palpable el defecto. El mejor medio es aplicarse cera pura mercolizada — lo mismo

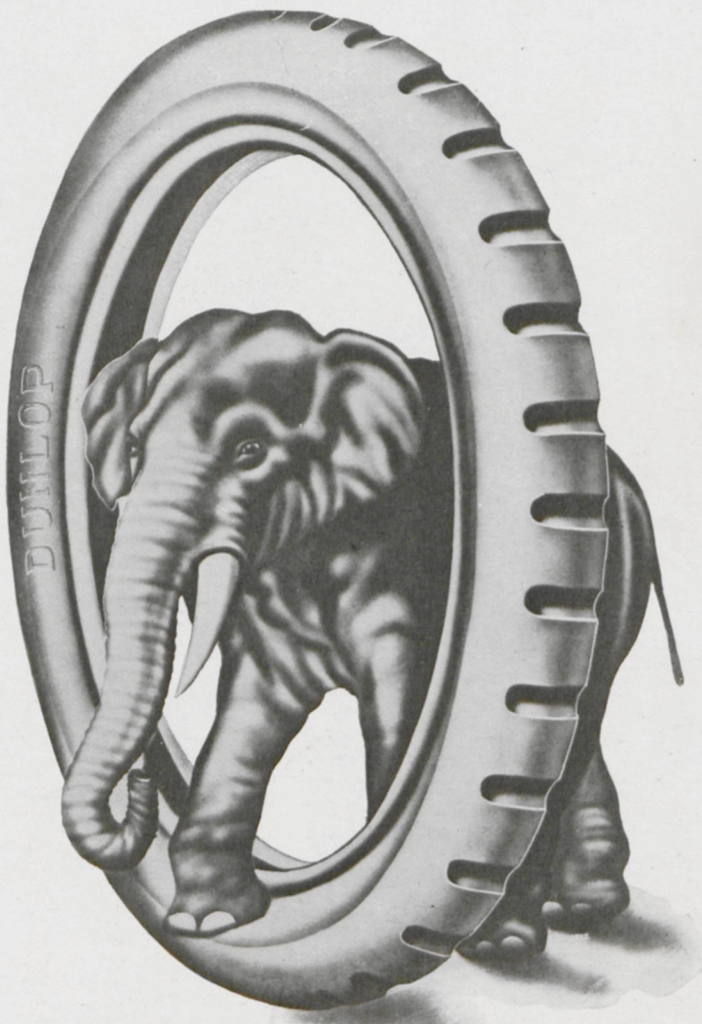
que se pone el cold cream — poniéndosela por la noche, lavándose la cara por la mañana, con agua caliente y jabón y después un poco de agua fría.

El efecto de unas pocas aplicaciones es simplemente maravilloso.

La cutícula mortecina absorbe la cera, gra-

dualmente y sin dolor, en partículas imperceptibles, mostrando la hermosa piel blanca aterciopelada que había debajo.

Ninguna mujer debe tener un cutis pálido, con ronchas, con barrillos o con pecas, si compra en una botica un poco de cera buena mercolizada y la usa como dejamos dicho.



PNEUMÁTICOS
DUNLOP

RESISTENCIA

FLEXIBILIDAD

DURACIÓN

542, PASEO COLON, 544

NOTAS DEL CARNAVAL



EN LOS BAILES DE LA ÓPERA.—PALCO OCUPADO POR SEÑORITAS QUE PROVISTAS DE ELEGANTES PULVERIZADORES PERFUMABAN A LAS PAREJAS CON LAS EXQUISITAS AGUAS DE COLONIA «LE SANCY», «NORA», «KENDAL» Y «DUC», INICIATIVA QUE FUÉ MUY FESTEJADA POR LA CONCURRENCIA.



AUTOMÓVIL QUE LLAMÓ NOTABLEMENTE LA ATENCIÓN EN LOS CORSOS DE BELGRANO, FLORES Y AVENIDA DE MAYO, ASÍ COMO EN SUS RECORRIDOS POR LAS CALLES CENTRALES DE LA CAPITAL Y AVENIDAS DE PALERMO.

AUTOMOVILES SOBRE EL RIO HUDSON

Los automovilistas neoyorquinos poseen una de las pistas más cómodas del mundo. Y lo mejor de todo, es que dicha pista les resulta completamente gratis, o sea, que les viene de arriba. El frío intenso que disfrutaban aquellos ciudadanos, enviado por el cielo, se encarga de helar el río Hudson, dando a la capa de hielo un espesor



de treinta a cuarenta centímetros. Por lo tanto, el inmenso velódromo no ofrece peligro alguno, en cuanto a roturas, dada la enorme resistencia del hielo. Sin embargo, la remota posibilidad de una inmersión en el Hudson, presta a la aventura de andar sobre su helada superficie un encanto excitante, muy del gusto de todo sportsman. Y a esto hay que añadir que la tarea de manejar un automóvil, en aquella pista resbaladiza, no es muy fácil, si se tiene en cuenta que el coche patina a cada momento más de lo conveniente.

POR LA MAÑANA

al levantarse, tómese un vaso de agua que con

SAL de FRUTA ENO

(ENO'S FRUIT SALT)

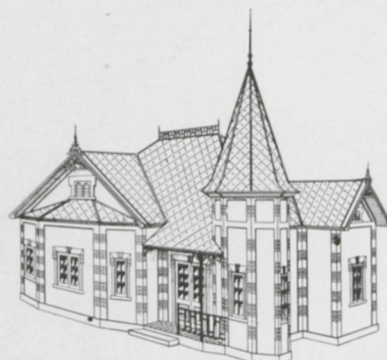
Se habrá vuelto hervorosa y refrescante. Antes del desayuno, es un tónico que provoca el apetito y la digestión, despeja la cabeza, estimula el hígado y hace el efecto apetecido en los intestinos. Obra naturalmente, sin causar nunca cólicos ni malestar, de tomar agradable, seguro para niños y enfermos. Emplearla por la mañana es dar buen comienzo al día.

Preparada solamente por J. C. ENO, Ltd., Londres, S. E. Inglaterra.

¡OJO CON LAS IMITACIONES! NUESTRA MARCA DE FÁBRICA ESTÁ REGISTRADA.

VÉNDESE EN TODAS LAS FARMACIAS.

LA CONSTRUCCIÓN IDEAL PARA LA CAMPAÑA MAMPOSTERIA EN CEMENTO ARMADO SISTEMA "CHACON"



Aprobada y reconocida, como la mejor construcción económica del mundo. En dos años han sido construidos más de 200 establecimientos rurales y edificios varios, en la República.

Son contra ciclones y cambios atmosféricos, repele la humedad y la acción de los movimientos sísmicos; es una construcción por excelencia liviana, muy rápida y de gran estética, higiene y confort.

La casa construye toda clase de edificios, chalets, cremerías, galpones, caballerizas, garages, capillas, depósitos, y en general, todo lo perteneciente al ramo, con nuestro Sistema "CHACON".

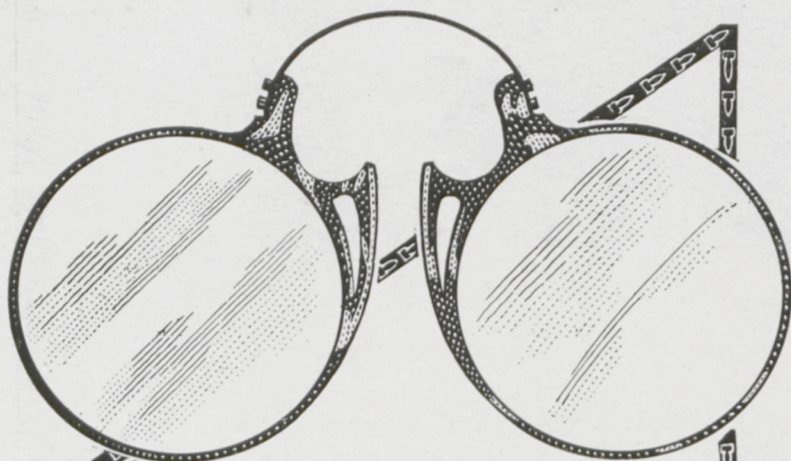
Tenemos informes aprobados, por altas personalidades argentinas, que ponemos a disposición de nuestros señores clientes.

REMITIMOS PLIEGOS DE CONDICIONES, CATÁLOGO E INFORMES GRATIS A QUIEN LOS SOLICITE.

R. CHACON HNOS.

ALSINA, 1537, Bs. As. - U. T. 5448, LIB.

Este precioso chalet por \$ 6.800 m/n. como réclame, listo para ser habitado; con buen piso, cielos-rasos, puertas, ventanas, techos, pintura, etc. Comodidades: 3 dormitorios, salita, comedor, galerías, corredor, baño y cocina.



Verdadera elegancia y confort positivo en los lentes y anteojos de nuestra última creación.

Lutz, Ferrando y Cía.

Primer Instituto Optico-Oculístico.
LUTZ y SCHULZ

Florida, 240 Buenos Aires

Aquí tiene usted una fortuna!



HUEVOS para empollar.

POLLOS de 1 a 5 meses.

CONEJOS importados.

COLMENAS y ABEJAS.

AVES de raza pura, 100 clases distintas

INCUBADORAS modernas.

GATOS de Angora y Persia.

APARATOS Y UTILES PARA LA INDUSTRIA
LECHERA y FRUTICULTURA

PIDAN CATÁLOGO ILUSTRADO, REMITIENDO 50 CENTAVOS
EN SELLOS

BELGRANO, 499, esq. Bolívar



Muebles

norteamericanos
para escritorios

Gran surtido en:
ESCRITORIOS de todos tamaños y precios. Bibliotecas, Archivos, Sillas, Sillones giratorios, Perchas para Vestibulo, Mesas para máquina de escribir, etc., etc.

PIDAN NUESTRO CATALOGO ILUSTRADO

"La Continental" - Curt Berger y Cía.

BUENOS AIRES, Reconquista, 379 (frente al correo)



Si tiene usted hijos...

Debe preocuparle siempre la salud de los niños, la de la madre y la suya propia. Los niños que ven sufrir constantemente, sufren también, aun cuando en apariencia no lo demuestren, y su mente tiene que impresionarse con el dolor de ver sufrir a los que los rodean.

Iperbiotina Malesci

es el remedio soberano para toda la familia. Hace del hombre un ser fuerte y vigoroso, capaz de sobrellevar las cargas que sobre él pesan. Da a la madre energías para la lucha, equilibrio nervioso, cuerpo y mente robustos.

En cuanto a los niños, les evita la anemia, la clorosis, la debilidad que, con frecuencia, es causa de innumerables enfermedades.

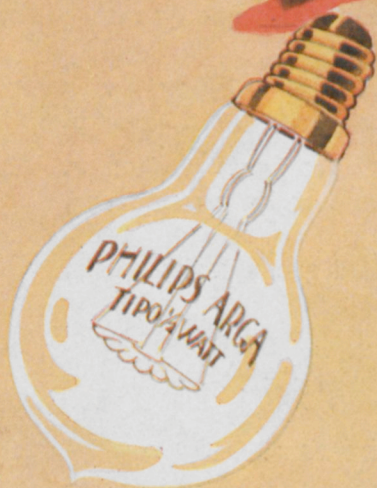
Lleve hoy mismo un frasco a su casa y déles a todos.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia).
Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia.

VENTA EN FARMACIAS Y DROGUERIAS

Unico Concesionario - Importador
en la República Argentina:

M. C. de Monaco, Viamonte, 871 - Buenos Aires



PHILIPS ARGA

Lamparita de alta calidad.

Fabricantes: PHILIPS Ltd. — Agentes: BOSCO, VILA & MARZONI
SE VENDEN EN LAS BUENAS CASAS DE ELECTRICIDAD

D. MASSA



Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz

2.0	5.6	5.0
2.2	6.3	4.5
2.5	7.1	4.0
2.8	8.0	3.6
3.2	9.0	3.2